

## LA ÚLTIMA NOCHE.

Este drama se representó en el Teatro ESPAÑOL la noche del 2  
de Marzo de 1875, á beneficio de

**DON ANTONIO VICO.**

(3)

# LA ÚLTIMA NOCHE,

DRAMA EN VERSO

EN TRES ACTOS Y UN EPILOGO

POR

**DON JOSÉ DE ECHEGARAY.**

—  
SEGUNDA EDICION.  
—

LIBRERIA CLASICA  
DE MORA DE J. GARCIA TORRALBA  
CALLE DE MONTE-LEONE, 4.  
MADRID.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

DON CÁRLOS, banquero.....	SR. VICO.
DOÑA TERESA, su esposa.....	SRA. DIEZ.
ALFREDO, su hijo.....	SR. CALVO.
DON JUAN, cajero.....	SR. CEPILLO.
ELENA, su hija.....	SRTA. MENDOZA TENORIO.
DON RAMON, agente de confianza de don Cárlos.....	SR. ROMEA (D. F.).
ALVARADO, banquero.....	SR. ALISEDO.
ANSELMO, empleado en la casa de don Cárlos.....	SR. PARREÑO.
BANQUERO 1.º.....	SR. ROMEA (D. J.).
BANQUERO 2.º.....	SR. PASTRANA.
BANQUERO 3.º.....	SR. MARTINEZ.
Criados, etc.	

---

### Época moderna.

---

La escena de los tres primeros actos en Madrid, la del epílogo en una quinta á la orilla del mar.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Salon lujosamente amueblado. En el fondo una gran puerta, por la que se ven las antesalas: á uno y otro lado consolas con espejos, etc. Á la izquierda del público y en primer término, un balcon, en segundo término una puerta que conduce á las habitaciones interiores. Á la derecha, y en primer término, una puerta que conduce al despacho de D. Carlos: en segundo término, otra que comunica con las oficinas. Próximas al balcon, pero dejando libre paso hasta él, una mesa y una butaca: á la derecha, y en primer término, un sofá y una silla.

### ESCENA PRIMERA.

ELENA.

Al levantar el telon aparece sentada junto á la mesa y mirando un álbum.

¡Qué tarde ya! tambien hoy  
(Dejando el álbum y levantándose.)  
sin carta. ¡Válgame el cielo!  
pasa un dia y otro dia  
sin noticias de mi Alfredo.  
Y Teresa, ¡pobre madre!  
mil angustias en secreto  
por él sufre, y por mí calla,  
mientras devoro en silencio

mis lágrimas, por calmar  
sus maternales tormentos;  
pero ¡ay! del rostro mentiras  
no son del alma consuelos.  
Dos años há que partió,  
dos años, ¡qué largo tiempo!  
y ¡cuántas dichas perdidas,  
y cuántos dulces recuerdos!  
y mis angustias ¡qué cerca!  
y mis amores ¡qué lejos!

## ESCENA II.

ELENA, D. JUAN; este último sale por la puerta de las oficinas.

JUAN. Es inútil, ya cien veces  
he principiado y no puedo.

ELENA. ¿Qué tienes, padre?

JUAN. Don Cárlos  
me rogó con gran empeño  
que terminara unas cuentas,  
y en vano, Elena, me esfuerzo,  
que la vista se me turba,  
y la pluma de los dedos  
se desprende, y rojas manchas  
sobre el blanco papel veo.

ELENA. Y ¡siempre la misma idea!

JUAN. Siempre, Elena, el mismo duelo.

ELENA. Así tu vida se apaga,  
y yo perderte no quiero.  
(Abrazándole cariñosamente.)

JUAN. Tienes razon, hija mia;  
aunque ya achacoso y viejo,  
¿quién puede suplir de un padre  
los amorosos desvelos?  
No temas; tendré valor;  
ahogaré dentro del pecho  
mis dolores, y el trabajo  
distraerá mis pensamientos.  
De don Cárlos como el pan...

ELENA. ¡Es con nosotros tan bueno!

- JUAN. Holgando así no se gana  
honradamente el sustento.
- ELENA. ¡Y todos nos quieren tanto!
- JUAN. Mucho, Elena, les debemos.  
¡Fuera imágenes sangrientas,  
fuera importunos recuerdos!  
(Dirigiéndose á la puerta de las oficinas.)
- ELENA. ¿Vas otra vez á la caja?
- JUAN. Á mi despacho me vuelvo.  
Las cuentas se han de acabar  
para hoy trece de Febrero.  
(Se detiene y queda pensativo. Ligera pausa.)  
¡Hoy es el aniversario:  
hace un año y siempre creo  
que fué ayer!
- ELENA. ¡Padre del alma!
- JUAN. ¡No puedo, Elena, no puedo! (Pausa.)
- ELENA. ¡Pobre hermano!
- JUAN. Compasion  
tener de mí no quisieron.  
¡Le mataron!... ¡hijo mio!  
¡hijo del alma!... ¡mi Ernesto!  
Su imagen idolatrada  
ante mí siempre contemplo:  
¡ya capitán y tan jóven;  
la cruz laureada en el pecho,  
en el alma la bravura,  
la roja llama del génio  
en su frente, y en sus ojos  
de la vida el sacro fuego!  
Todo en un punto cesó;  
todo es ceniza y silencio.  
«¡Muerte!» dice la ordenanza;  
«¡muerte!» pronunció el consejo,  
y por su ambicion, su vida  
dió el capitán insurrecto.  
¡Su vida, que era, Dios mio,  
en esta vida mi cielo!
- ELENA. Padre, padre, que te matan  
esos tristes pensamientos.
- JUAN. Y la sentencia ignoré,  
postrado, Elena, en el lecho,

hasta que sonó en mi oído:  
«¡pobre Juan, murió tu Ernesto!»  
¿Quién como yo por salvarle,  
con desesperado esfuerzo,  
hubiera, Elena, luchado  
en el instante supremo?  
¡Basta por Dios!

ELENA.

JUAN.

Mira, niña,  
yo también en otro tiempo  
fui soldado; yo también  
como reliquias conservo  
mi uniforme destrozado,  
noble cruz y limpio acero;  
y con aquellos girones,  
y la cruz sobre mi pecho,  
y en mi cabeza esta nieve,  
y en mis ojos llanto acerbo,  
hubiera rogado á todos  
por mi idolatrado Ernesto:  
y ¿quién se niega á escuchar  
compasivo á un pobre viejo,  
veterano de Luchana  
y soldado de Espartero?

ELENA.

Grande es, padre, tu dolor,  
y ya que torpe no acierto  
á calmarlo...

JUAN.

Si quisieras...

ELENA.

¿Dudas?

JUAN.

Dudo...

ELENA.

¡Padre!

JUAN.

Y tiemblo.

Pero no: tú, Elena mía,  
no negarás un consuelo  
á este anciano.

ELENA.

No adivino.

JUAN.

Del hijo mio un recuerdo  
queda en el mundo...

ELENA.

¡Su carta!

JUAN.

En el instante postrero  
quiso escribir á su padre;  
fue mio su pensamiento.  
Y sin embargo, me niegan...

ELENA. Mi madrina...

JUAN. Te comprendo.  
soy ya débil, achacoso...

ELENA. ¡Y has estado tan enfermo!...

JUAN. Mas con tanta precaucion  
me matan á fuego lento.

ELENA. Si la emocion, la alegría...

JUAN. ¡Qué importa! ¡Con qué derecho  
se impide que llegue á un padre  
del hijo el último acento?

¡Ver su letren!... ¡de sus lágrimas  
seguir el triste reguero  
sobre el papel deslustrado

por su llantó y por sus besos!

¡mis secos labio posar

dó posó sus labios trémulos!

¿No comprendes esta dicha?

ELENA. Sí, padre, sí la comprendo.

JUAN. Pues bien, ayúdame, Elena.

ELENA. Si algo consiguen mis ruegos...

JUAN. ¿Luego accedes?

ELENA. ¿Cómo no!

JUAN. ¿Y prometes?...

ELENA. Lo prometo.

JUAN. Allí viene... (Mirando á la puerta de la izquierda.)

ELENA. ¡Su semblante  
cuán triste, pero cuán bello!

JUAN. Al pedir la carta invocas...

ELENA. Sí, padre; el nombre de Alfredo:  
¿quién á ese nombre resiste?...

JUAN. Nadie, Elena, bien lo veo. (Mirándola fijamente.)  
mas ayudarte sabré.

ELENA. ¿Tú, padre?

JUAN. Sí: yo me entiendo...

y tú tambien. Píde, niña,

esa carta de mi Ernesto,

y ántes de partir procura

á tu padre este consuelo.

ELENA. ¿Yo partir!

JUAN. Es necesario,

que pronto regresa Alfredo. (Vase Juan.)

### ESCENA III.

ELENA, DOÑA TERESA, por la puerta de la izquierda.

- TER. Él se aleja, y tú llorosa  
quedas, Elena, y turbada:  
¿qué tienes?
- ELENA. ¿Yo, madre?—Nada.  
¡Soy aquí tan venturosa!  
Contigo siempre vivir  
mi sueño dorado fué,  
pero dijo no sé qué  
de alejarme y de partir;  
y aunque ignoro qué razon  
tuvo para estos enojos,  
se me arrasaron los ojos  
y se oprimió el corazon.  
¡Pero tú no sufrirás  
que me arranquen de tu lado!
- TER. ¡Ay Elena, de buen grado  
tú misma me dejarás!
- ELENA. ¡Qué dices? ¿Dejarte?
- TER. Sí.
- ELENA. ¡Imaginarlo has podido?  
¿Acaso, dime, no has sido  
una madre para mí?
- TER. Sin embargo...
- ELENA. Te aseguro  
que por nadie te dejára.
- TER. Se te conoce en la cara  
que me engañas.
- ELENA. Te lo juro.
- TER. Y ¡osas, Elena, jurar  
sin escrúpulo ni miedo!...
- ELENA. ¡Por nadie!
- TER. ¿Ni por mi Alfredo  
cuando te lleve al altar?...  
(Elena abraza cariñosamente á Doña Teresa y oculta el rostro avergonzada.)  
¿No me contestas?
- ELENA. ¡Madrina!...

TER. (Ap.) (¡Qué buena y cuán inocente!)  
(Alto.) Levanta la pura frente  
que ruborosa se inclina.

Cese tu amoroso anhelo;  
vuelva á tu pecho la calma,  
y con las dichas del alma  
brillen tus ojos de cielo.

ELENA. ¡Pobre de mí! ¿Qué hice yo  
para merecer de tí  
tanto bien, madrina, dí?

TER. Y ¿no lo adivinas?

ELENA. No:

y pienso con inquietud  
que es muy grande mi humildad.

TER. Tan sólo hay desigualdad  
entre el vicio y la virtud;  
entre un corazon marchito  
y un corazon amoroso;  
entre un amor vergonzoso  
y un amor puro, infinito.

ELENA. Y ¿qué puedo yo, infeliz,  
darte por tanta ventura?

TER. Me pagarás con usura  
si haces á Alfredo feliz.

ELENA. Mas para tí...

TER. Nada. Cruel

el desengaño me hirió;  
pero nunca destiló  
mi labio la amarga hiel  
del corazon: mi tristeza  
sólo en Dios halla consuelo,  
y á la voluntad del cielo  
doblo humilde mi cabeza.

ELENA. ¿Cuál la causa?

TER. Basta.

ELENA. ¡Madre!...

TER. Hablemos de tí, hija mia.

¿Temes algo todavía?

ELENA. ¡Temo!

TER. ¿Á quién?

ELENA. ¡Ay!... á su padre!

TER. Es verdad; pero no importa;

- yo lucharé con mi esposo.
- ELENA. Conmigo es muy cariñoso,  
no lo niego.
- TER. (Ap.) (Mal reporta  
el infame su pasión!  
No cambia: siempre lo mismo.  
¡Quién medir puede el abismo.  
Cárlos, de tu corazón!)
- ELENA. Á mi padre en gran estima  
tuvo siempre, ¿no es verdad?  
y conmigo ¡qué bondad!  
¡si vieras cómo me mimas!
- TER. Pues con tal benevolencia,  
dudar es...
- ELENA. Un desatino.  
Y sin embargo...
- TER. (¡Oh, divino  
instinto de la inocencia!)  
Desecha vanos temores.
- ELENA. En tí, madrina, confío.  
¡Cuán feliz!... Pero, ¡ay Dios mío!  
hablando de mis amores  
olvidaba... ¡qué egoísta!  
la súplica lastimera  
del pobre anciano. Severa  
no claves en mí la vista.  
¡Llora tanto! Tu querrás  
dar este consuelo, madre,  
¿no es cierto? á mi pobre padre.
- TER. ¿Y bien?
- ELENA. La carta.
- TER. ¡Jamás!  
(Aparece D. Juan en la puerta de las oficinas y en  
ella se detiene.)  
Ese papel es funesto.
- ELENA. ¡Madrina, por Dios!
- TER. Advierte  
que hay en él infamia y muerte.

ESCENA IV.

DOÑA TERESA, ELENA, D. JUAN.

JUAN. ¡Es la carta de mi Ernesto!

TER. Imposible...

JUAN. ¡Compasion!

usted es madre, señora;

usted á su Alfredo adora.

TER. (Ap.) ¡Se me parte el corazon!

JUAN. ¡Con el alma la codicio!

ELENA. ¡Es su eterna pesadilla!

JUAN. ¡Y está escrita en la capilla,

horas ántes del suplicio!

TER. No existe la carta... (Vacilando.)

JUAN. Si;

yo recuerdo aquel momento.

TER. Vacila tu pensamiento...

JUAN. No vacila; yo la ví.

El oficial me la daba;

yo cogerla no podía:

usted se me interponía,

y la carta me arrancaba.

Mas fuerzas presta el deseo,

y la alcancé sin embargo.

TER. Deliras.

JUAN. Rota á lo largo

me parece que la veo.

¡La carta!

ELENA. Sí, madre mia.

TER. ¡Imposible, desdichada!

JUAN. ¡La carta!

ELENA. ¡Sí, madre amada!

TER. No... (Ap.) ¡Jamás: le mataría!

(Sale Doña Teresa por la izquierda.)

## ESCENA V.

ELENA, D. JUAN, D. CÁRLOS, D. RAMON y ANSELMO.

Los tres últimos aparecen por la derecha primer término. Don Carlos y D. Ramon marchando delante, Anselmo siguiéndolos.

CÁRLOS. (Da algunos pasos: despues se detiene y se vuelve hácia Anselmo.)

Imposible: yo lo siento...

es un penoso deber...

pero en fin, ¡cómo ha de ser...

ANS. En esta casa ya cuento veinte y tres años cabales de servicio siempre honrado.

CÁRLOS. (Ap.) (El buen viejo está pesado.)  
Son unos tiempos fatales.

RAMON. Carlos...

CÁRLOS. Basta ya, Ramon.

(Á Anselmo.) Conque lo dicho: paciencia.

ANS. ¡Es que quedo en la indigencia!

CÁRLOS. Pues hijo, resignacion.

ANS. ¡No la tengo! (En tono de amenaza.)

CÁRLOS. (En tono altivo.) Basta, anciano.

RAMON. (Á Anselmo en voz baja.)

Ahora vete, y yo despues.

ANS. (Ap.) ¡He de decirle quién es!...

Dios me tenga de su mano!

(Sale haciendo un ademan amenazador.)

## ESCENA VI.

TODOS ménos ANSELMO.

CÁRLOS. Ya me sacudí esa mosca.

RAMON. Eres, Carlos, insensible.

CÁRLOS. Vas haciéndote insufrible;  
no pongas la cara fosca.

(Adelantándose algunos pasos.)

¡Tú por aquí, mi buen Juan?

¡Siempre tan linda mi Elena!

- (Á D. Juan.) ¡Noto en tu rostro una pena!...  
(Á Elena.) ¡y en tí noto cierto afan!
- JUAN. Hoy hace un año, señor...
- CÁRLOS. ¡Es cierto!...
- ELENA. (Á D. Carlos.) ¡Jamás olvida!
- CÁRLOS. No basta toda una vida  
para agotar tal dolor.
- RAMON. (¡Á que llora!) (Ap. y mirando á D. Carlos.)
- CÁRLOS. (Ap. y mirando á Elena.) (¡Es adorable!  
pero es el fruto prohibido.)
- RAMON. (Ap. y mirando á Carlos.)  
(Y parece conmovido:  
¡es un actor admirable!)
- JUAN. (Á D. Carlos.) Vuelvo á la caja, si usted  
no dispone alguna cosa.
- CÁRLOS. (Ap. y mirando á Elena.)  
(Cada vez es más hermosa.)  
Á tu espíritu haz merced (Cariñosamente.)  
por hoy de descanso, Juan.  
Estás triste, estás sombrío.
- JUAN. Pero esas cuentas...
- CÁRLOS. ¡Dios mio!  
las cuentas esperarán.
- ELENA. Dice bien don Carlos; ven.
- JUAN. No el cuerpo, el alma me duele.
- CÁRLOS. Adios, y que él te consuele.  
(Dándole la mano.)
- JUAN. Si él no me consuela, ¿quién!  
(Sale D. Juan con Elena por la izquierda. D. Car-  
los despide á Elena con un saludo cariñoso, y se  
queda contemplándola. D. Ramon observa á Don  
Carlos.)

## ESCENA VII.

D. CÁRLOS, D. RAMON.

- CÁRLOS. ¡Divina mujer... divina!  
(Ap. miétras Elena sale conduciendo á D. Juan.)  
(¡Qué graciosos movimientos!...  
¡Pasad, negros pensamientos...  
pasad... ¡Vamos, me fascina!

¿A quién no roba la calma  
esa tez de rosa y nieve,  
y ese talle que se mueve  
como la argelina palma!

RAMON. (Poniendo una mano en el hombro de Carlos.)  
¿Siguiendo tu vista va  
al triste y lloroso anciano,  
ó el encanto' sobrehumano  
de la niña...

CÁRLOS. Basta ya.

RAMON. (En voz baja.)  
Pues pienso, aunque no te cuadre,  
que la adoras en secreto.

CÁRLOS. Debo á esa niña respeto,  
y respeto debo al padre.

RAMON. ¿Sí!... pues del hijo la muerte...

CÁRLOS. ¡Calla! (Tapándole la boca y mirando alrededor.)

RAMON. Nadie nos escucha.

¿Por qué se lanzó á la lucha?

CÁRLOS. Porque lo quiso la suerte.

RAMON. Sin embargo...

CÁRLOS. (Con enojo.) Basta.

(Como hablando consigo mismo.) Sí:  
aunque yo ante nada cejo,  
esa niña y ese viejo  
son sagrados para mí.

RAMON. Así lo dicen tus labios;  
mas ¿lo siente el corazón?

CÁRLOS. Los pensamientos, Ramon,  
no han sido jamás agravios.

RAMON. Siempre que os encuentro juntos,  
en tus ojos, Carlos, leo...

CÁRLOS. Te repito que deseo (Con tono severo.)  
que hablemos de otros asuntos.

RAMON. ¿Otros asuntos?

CÁRLOS. Cabal.

RAMON. Es que por distintos modos (Con mal humor.)  
há tiempo, Carlos, que todos  
los tuyos caminan mal.

CÁRLOS. ¿El empréstito tambien?

RAMON. Más que ninguno. ¡Dios santo,  
mil millones! ¡Yo me espanto!...

Y ¿quién no se espanta, quién,  
al verte ciego lanzar  
á tan insensata empresa  
tu fortuna?

CÁRLOS. Saldrá ilesa,  
y la voy á triplicar.  
(Con entusiasmo y animándose por grados.)

Dos años há que anhelante,  
de fiebre el alma abrasada,  
preparo aquesta jugada  
y aqueste supremo instante.  
Dos años, lo sabes bien,  
los valores del Tesoro  
tuve en baja á costa de oro...

RAMON. De sangre á costa tambien.

CÁRLOS. ¡Silencio!... ¡Fué necesario!  
Y hoy es tal la situacion,  
que yo tan solo, Ramon,  
puedo salvar al Erario  
del abismo que le espera.

RAMON. Lo dudo.

CÁRLOS. ¿Por qué dudar  
si en ello voy á arriesgar?...

RAMON. ¡Lo sé!

CÁRLOS. ¡Mi fortuna entera!

RAMON. No basta.

CÁRLOS. Y además cuento  
con Urrutia.

RAMON. No me fío.

CÁRLOS. Y ademas, Ramon, es mio  
el hombre más opulento  
de la banca mejicana.

RAMON. ¿Alvarado?

CÁRLOS. Al fin cedió.

RAMON. Y ¿cómo?

CÁRLOS. Queriendo yo.  
Y comenzaré mañana  
á cubrir el nuevo plazo.

RAMON. ¡Mas no comprendo!...

CÁRLOS. ¡Inocente!

Yo sé obligar á la gente!  
Con su bella Lola enlazo

á mi Alfredo; mas chiton!  
ni una palabra!

RAMON. ¡Qué idea!  
pero Alfredo ¿lo desea?

CÁRLOS. Y ¿qué me importa, Ramon!

RAMON. Es admirable tu plan.

CÁRLOS. ¿Al fin lo confiesas?

RAMON. Sí:

sin Alvarado ¡ay de tí!

CÁRLOS. ¿Y con él?

RAMON. No más afan. (Pausa.)

Me venciste: no lo niego,  
y emprendo mi retirada.

(Tomando el sombrero y disponiéndose á salir.)

CÁRLOS. ¿Vas?...

RAMON. Á echar una mirada  
á las oficinas: luégo  
al círculo....

CÁRLOS. Pues bien, ántes...

si quisieras encargar  
á mi joyero un collar...

RAMON. ¿Un collar?...

CÁRLOS. Sí, de brillantes.

Precio... límite no pongo.

RAMON. ¿Es tal vez para María?

CÁRLOS. Resistía... y resistía...

RAMON. ¿Y cederá?

CÁRLOS. Lo supongo. (Pausa.)

Ella vive en la pobreza,  
respira un hálito impuro...  
y es, Ramon, yo te lo juro,  
un portento de belleza.

El mal jamás de su frente  
empañó la luz serena:  
es hermosa como Elena,  
y como Elena inocente.

RAMON. Y tú por refinamiento  
de esta imposible pasion,  
buscas la compensacion  
siquiera en el pensamiento...

CÁRLOS. ¿Dónde va tu fantasía?

RAMON. De Elena fruto prohibido...

CÁRLOS. Basta ya.

RAMON. ¿Te he comprendido?

CÁRLOS. Basta ya.

RAMON. ¡Pobre María!

CÁRLOS. Presa de inmenso valor:  
¡qué divina languidez,  
y qué mirada y qué tez!  
¡Es un tesoro de amor!  
¡Allí en monótona calma,  
allí en silencio profundo  
ignora que hay en el mundo  
dichas que abrazan el alma!  
Sus grandes y azules ojos,  
y su blonda cabellera,  
y la sonrisa hechicera  
de sus bellos labios rojos...

RAMON. (Mirando á la puerta de la izquierda.)

No te remontes, que al suelo  
de un golpe vas á caer.

CÁRLOS. ¿Por qué?

RAMON. Porque tu mujer  
se acerca.

CÁRLOS. ¡Válgame el cielo!

(Cae desplomado en el sofá: D. Ramon queda á su  
lado como cubriéndole con su cuerpo y mirando  
hácia su izquierda.)

RAMON. ¿Llegaste á tierra?

(Volviendo la cabeza hácia D. Carlos.)

CÁRLOS. Espirante

llegué por la conmocion

RAMON. Pues mira, tendrás sermon:  
se lo noto en el semblante.

## ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, D. RAMON, DOÑA TERESA.

TER. (Á D. Carlos.)

Un momento deseaba  
hablar á sólas contigo,  
si permite nuestro amigo...

(D. Carlos se levanta.)

RAMON. En este instante marchaba.  
(D. Ramon saluda y sale por la puerta de las oficinas.)

## ESCENA IX.

DOÑA TERESA, D. CÁRLOS.

TER. Quisiera, Cárlos, hablarte  
de un asunto...

CÁRLOS. ¿De interés?

TER. Pienso que sí...

CÁRLOS. Vaya, pues  
comienza.

TER. Puedes sentarte.

(D. Cárlos mira con cierto espanto cómico á su mujer y con aire resignado se sienta en el sofá.)

CÁRLOS. (Ap.) (Esta precaucion me aterra.)

¿Tan largo ha de ser el diálogo?

(Ap.) (Recuerdo otro muy análogo.)

¿Vienes de paz... ó de guerra?

TER. De Dios...

CÁRLOS. ¡Qué solemnidad!

TER. En el nombre...

CÁRLOS. Tengo miedo.

(Encogiéndose en el sofá.)

TER. (Impaciente.) No de mí, sino de Alfredo  
se trata.

CÁRLOS. ¡Oh felicidad!

ven á sentarte á mi lado.

TER. Gracias, Cárlos, bien estoy.

CÁRLOS. Por más que me digas, hoy  
está el cielo encapotado.

TER. Perdona.

CÁRLOS. (Ap.) (Vencí en la lid.)

TER. Nuestro Alfredo...

CÁRLOS. Que me place.

Llegamos al desenlace.

TER. Pronto volverá á Madrid.

Su porvenir...

CÁRLOS. Me interesa  
más que á tí.

(Pausa. D. Carlos se recuesta negligentemente en el sofá y medita algunos momentos.)

Duque le haré.

Y despues... le casaré...

TER. ¿Con quién?

CÁRLOS. ¡Con una princesa!

TER. Á veces un contratiempo.  
el plan mejor combinado...

CÁRLOS. (Para hablarle de Alvarado  
y de Lola, siempre hay tiempo.)

Desde el imperio del Czar  
á la potente Inglaterra,  
no hay un pedazo de tierra,  
ni existe un rincon del mar,  
en que no logre escoger  
para mi heredero esposa,  
por muy noble ó muy hermosa  
que la dama pueda ser.

TER. Mucho crece tu esperanza,  
y mil afares preveo.

CÁRLOS. No hay vallas para el deseo,  
y mucho mi nombre alcanza.

TER. Inspiracion de Luzbel,  
tambien se elevó en la altura  
la soberbia arquitectura  
de la torre de Babel.

CÁRLOS. (Con ironía.) ¡Superlativa ambicion!  
¡subir de la tierra al cielo!

Hoy bajamos desde el suelo  
á las minas de carbon;  
y feliz el que su planta  
á quinientos metros hunde:  
Dios al soberbio confunde  
y á los humildes levanta.

Y por eso las primeras  
entre acciones meritorias,  
y prescindiendo de escorias,  
son las acciones... mineras.

Mas yo, Teresa, pregunto:  
¿consideras necesario  
este exordio extraordinario?

TER. No en verdad.

- CÁRLOS. Pues al asunto. (Mirando el reloj.)  
(Comienza lentamente á oscurecer, y al terminar la escena es casi de noche.)
- TER. Trastornar tus planes siento,  
pero tengo yo tambien  
los míos; que con desden  
quizá en el primer momento  
escucháras de mi labio,  
pero que con ser humildes,  
y aunque de vana me tildes,  
te aseguro, sin agravio  
á tu magnífica empresa,  
que valen más para mí  
que un título baladí  
y una extranjera princesa.
- CÁRLOS. Y ¿es tu proyecto?
- TER. Casar  
á nuestro Alfredo...
- CÁRLOS. (Incorporándose.) ¿Con quién?
- TER. Con la que es su dulce bien.
- CÁRLOS. ¿Y ese bien tan singular...  
(Con alguna impaciencia.)
- TER. ¿No adivinas?
- CÁRLOS. No adivino  
el nombre de la sirena.
- TER. Con un ángel: con Elena.
- CÁRLOS. (Se levanta dando una carcajada: Doña Teresa se levanta tambien.)  
¡Soberano desatino!
- TER. Se tienen, Carlos, amor.
- CÁRLOS. ¡La razon es poderosa!
- TER. Es Elena muy hermosa...  
¡y has cambiado de color!  
¿Por qué, dí, tu amarillez  
va creciendo?
- CÁRLOS. ¿De impaciencia!
- TER. Las manchas de la conciencia  
empalidecen la tez.
- CÁRLOS. No te comprendo.
- TER. Pues yo  
sospecho, Carlos, que sí.  
Ya mi palabra les dí

y será su esposa.

CÁRLOS. No. (Pausa.)

TER. Escucha, Cárlos, en calma:  
solemnes son los momentos,  
y basta de fingimientos,  
y hable con franqueza el alma.

CÁRLOS. Venga esa racha por fin:  
sin retroceder la afronto;  
pero concluyamos pronto,  
que ya me vence el esplin.

TER. Nos casaron...

CÁRLOS. ¡No la toma  
de muy léjos! ¡San Andrés!  
¡era el año ciento tres,  
ántes de fundarse Roma!  
Nos casaron sin amor,  
ya me lo has dicho mil veces,  
y que apuraste las heces,  
y que ya te inspiro horror.  
Que arrancar quieres á Alfredo  
del contagio que le amaga,  
porque yo soy una plaga,  
porque pervertirle puedo,  
porque le saco de quicio  
y le seco el corazon  
con mis máximas, que son  
la quinta esencia del vicio.  
Y tú, sólo por salvarle  
de esta corrupcion horrible,  
tú, la del alma sensible  
y tierna, vas á casarle  
con una niña inocente,  
pura y blanca como el ampo.  
Despues os marchais al campo,  
y los tres juntos á una fuente,  
sobre la verde pradera,  
bajo el azulado cielo,  
melancólico consuelo  
pedís al ave parlera,  
al perfumado tomillo,  
á la frondosa enramada,  
á la bullente cascada

y al triscador cabritillo,  
mientras yo en perpétuo invierno,  
si vosotros en abril,  
me marchó en ferro-carril  
y en tren expres al infierno.  
Basta ya, que tengo empacho  
de tan bucólica historia;  
te concedo la victoria,  
y me vuelvo á mi despacho.

(D. Carlos hace un movimiento para irse, Doña Teresa le detiene y saca una carta, pero en sus ademanes muestra gran vacilacion.)

TER. Un momento; seré breve.

CÁRLOS. (Ap.) (¿Qué papel será?)  
(Impacientándose.) ¡Teresa!

TER. Bien sabe Dios que me pesa,  
pero es forzoso. (El alevé  
amaga del hijo mio  
á la dicha... ¡qué dudar!)

CÁRLOS. ¡Así nos vamos á estar?

TER. (Ap.) (¡Me irrita su acento frio!) (Pausa.)  
Tu retrato comenzamos,  
Pero algo falta á mi ver:  
lo que no supiste hacer  
lo haré yo.

CÁRLOS. Pues concluyamos.

TER. Á la luz divina ciego,  
sin alma y sin corazon,  
fuego tus sentidos son  
y es tu cabeza de fuego.  
Sordo á la voz del deber,  
tu conciencia es un abismo,  
y gobierna tu egoismo  
el orgullo y el placer.  
No amaste, Carlos, jamás;  
en tí murió el sentimiento,  
y es en ti el remordimiento  
una palabra no más.  
¡Hombre mármol, maravilla  
que yo sola comprendí;  
nunca una lágrima vi  
en tu pálida mejilla!

(Acercándose á él y hablándole casi al oído y en voz muy baja.)

¿Qué más, Cárlos!... ¡No lloraste cuando tu madre murió!

CÁRLOS. ¡Teresa! (Amenazador.)

TER. Lo he visto yo.

La hipócrita mano alzaste  
de los ojos á los huecos;  
amorosa te quité  
la mano, Cárlos, y hallé  
que estaban tus ojos secos.

CÁRLOS. (Sin poder contenerse.)

¡Prudente será que ceses!

TER. Miento: tus ojos lloraron  
una vez... que te engañaron  
en una venta de treses.

CÁRLOS. ¡Negras tintas tu pincel  
sobre mi retrato arroja!

TER. Es mi paleta la hoja  
sangrienta de este papel.

(Mostrándole la carta.—Pausa.)

Con cariño y con afán,  
dignos de empresas mayores,  
de los tuyos, servidores  
fueron los padres de Juan.  
Él mismo,—de accion tan bella  
nunca mi mente se olvida,—  
salvó á tu padre la vida  
en el sitio de Morella.

Un hijo tuvo el anciano,  
un hijo á quien adoraba,  
en quien su dicha cifraba,  
y tú con potente mano  
al hijo del pobre Juan,  
debo hacerte esta justicia,  
elevaste en la milicia  
y le hiciste capitán.

Pero es tu pecho de roca,  
y al fin llegó... ¡Tengo frío  
en el corazón, Dios mío,  
y se me seca la boca!

CÁRLOS. De una vez concluye.

- TER. Espera:  
en una inmensa jugada  
de bolsa estaba empeñada,  
Cárlos, tu fortuna entera.  
¡La baja ó tu perdicion!
- CÁRLOS. Y ¿qué más? (Con ansiedad.)
- TER. Ya no dudaste,  
y al pobre Ernesto lanzaste  
á sangrienta rebelion.  
(Pausa. D. Cárlos parece vencido por este recuerdo, pero al fin levanta la cabeza con energía.)
- CÁRLOS. Le fué el destino fatal;  
de haberle propicio sido  
se hubiera Ernesto ceñido  
la faja de general.  
¿Acabó la historia?
- TER. Empieza:  
contraria le fué la suerte,  
y una sentencia de muerte  
cayó sobre su cabeza.  
Acudió á tí suplicante,  
de tí esperó salvacion...  
(Acercándose á Cárlos, poniéndole la mano sobre el pecho y mirándole fijamente.)  
¡No late tu corazon!  
¡No hay sangre en este semblante!
- CÁRLOS. Hubiera sido imprudente...
- TER. Comprometerte temiste;  
le abandonaste y huiste  
de España cobardemente.
- CÁRLOS. Y ¿cuál la prueba, el indicio?
- TER. ¡Aún aquí su llanto brilla,  
y está escrita en la capilla  
horas ántes del suplicio! (Pausa.)
- CÁRLOS Esa pintura horrorosa  
que desprecio y no me altera,  
bien pudo hacerla cualquiera,  
cualquiera ménos mi esposa.
- TER. ¡Pues que tuya llegué á ser,  
como tu esposa cumplí!
- CÁRLOS. Lo sé.
- TER. Pero no por tí,

- ni por amor; por deber.  
CÁRLOS. Y bien, ¿entonces?...
- TER. De Alfredo  
quiero asegurar la dicha;  
de ese anciano la desdicha  
mitigar.
- CÁRLOS. Y yo no puedo.
- TER. ¿No conoces?...
- CÁRLOS. (Sin querer oír.) No conozco.
- TER. Arrebatár á ese anciano  
esa carta, fué villano  
proceder: lo reconozco.  
Pero supe por Ernesto  
tu conducta desleal;  
y como remedio al mal  
guardé este papel funesto.  
Un hijo por tí perdió;  
(Señalando hácia dentro.)  
dale en Alfredo otro hijo.
- CÁRLOS. Imposible.
- TER. Yo lo exijo.  
¡Cede, Cárlos, cede!
- CÁRLOS. No.
- TER. ¡Has de pensar que soy madre;  
que ya mi paciencia es harta!...  
¡Sí Alfredo viera esta carta;  
si supiera que su padre!...
- CÁRLOS. (Acercándose con profunda ansiedad á Doña Te-  
resa.)  
¡Pero no debe saberlo!  
Ni yo intento revelarlo.
- TER. Tú debieras olvidarlo.
- CÁRLOS. Y tú presente tenerlo.
- TER. ¡Venga esa carta! (Con energía.)
- CÁRLOS. Jamás.
- TER. La necesito: ¿prefieres  
que te la arranque?
- CÁRLOS. ¿Cual eres  
al fin á mostrarte vas?
- TER. ¡Teresa! (Acercándose á ella.)
- CÁRLOS. ¡Cárlos! (Retrocediendo.)
- TER. ¡La carta!

TER. ¡Osarás?

CÁRLOS. Soy caballero,  
(Deteniéndose, mudando de tono, y afectando galantería.)  
no temas; pero la quiero,  
y tú eres dócil. (Acercándose más.)

TER. Aparta.

CÁRLOS. Si ese papel de tu mano  
por desventura saliese;  
si casualmente cayese  
en poder de algun villano  
enemigo de mi fama,  
fuera hoy arma peligrosa.  
Es preciso... (Procurando coger la carta.)

TER. Soy tu esposa.

CÁRLOS. Tanto mejor. (Riendo.)

TER. ¡Y soy dama!

CÁRLOS. La mujer en su pasión  
tiene caprichos de niño;  
pero al niño con cariño  
se le llama á la razón.  
¡Teresa!

(D. Carlos le coge la mano y la besa con galantería: despues procura apoderarse de la carta. La escena casi á oscuras.)

TER. No: ¡gritaré!

CÁRLOS. ¡Es de mal tono! ¡Dios mio! (Riendo.)  
En tu prudencia confío  
y la carta la tendré.  
¡Eres tan buena!

## ESCENA X.

DOÑA TERESA, D. CÁRLOS, ELENA, D. JUAN.

Los dos últimos entran precipitadamente por la puerta del fondo: D. Juan trae una luz que deja sobre una de las consolas. Los movimientos de la escena anterior habrán traído á Doña Teresa hasta el sofá de la derecha.

ELENA. ¡Madrina!

CÁRLOS. (Ap.) ¡Qué oportuna!... ¡Pero yo!...

(D. Carlos se separa hácia la izquierda. Elena y D. Juan se acercan poseidos de gran agitacion á Doña Teresa.)

ELENA. ¡No sabes!... Ahora llegó!...  
¡Ay qué ventura!... ¡Adivina!  
¡Respirar apenas puedo!...

JUAN. ¡Gozo más inesperado!...

ELENA. ¡Beltran, madrina, ha llegado!

JUAN. ¡Beltran!

TER. ¡Beltran... y mi Alfredo?

ELENA. ¡Ya viene, sí!...

TER. ¡Virgen mia!

(Doña Teresa vacila y cae desvanecida en el sofá. La carta de Ernesto se le desprende de la mano y cae al suelo.)

ELENA. ¡Madre, madre!...

JUAN.

La emocion...

(La sostiene en el sofá, y coge la carta del suelo.)  
Este papel...

CÁRLOS. (Ap. y sin observar el movimiento de D. Juan.)

(¡Qué ocasion!)

Pronto llama... (Á D. Juan.)

(Se acerca D. Carlos para sostener á Doña Teresa. D. Juan se separa y va á la puerta del fondo, pero llevando la carta.)

ELENA. (Á D. Carlos.) La alegría.

CÁRLOS. (Ap. cogiendo una mano de Teresa y buscando la carta con afan.)

¿Dónde estará?

JUAN. ¡Juana! Inés...

ELENA. ¡Vuelve en tí, madre!

CÁRLOS. (Buscando siempre.) ¡Teresa!

JUAN. (Ap. mirando el papel.)

Lo pondré sobre la mesa  
tal como estaba; y despues...

(Se dirige á la mesa en que dejó la luz, y pone sobre ella la carta abierta: pero al retirarse se fija en ella involuntariamente.)

(Ap.) ¡Rota á lo largo!... ¡Qué miro!

¡Como aquella!

(Se acerca y se aleja alternativamente, sin atreverse á coger la carta.)

ELENA. ¡Madre amada!  
CÁRLOS. (Ap. y mirando al suelo.)  
(Pues señor, evaporada.)  
TER. Alfredo... (Volviendo en sí.)  
JUAN. (Ap.) ¡No! ¡Yo deliro!)  
(Vacila algunos momentos, pero al fin coge la carta y empieza á leer.)  
TER. ¡Viene el hijo de mi amor!  
JUAN. (Ap.) ¡Al fin está en mi poder;  
al fin la voy á leer  
á solas con mi dolor!)  
(Sale precipitadamente por la izquierda llevándose la luz.)

## ESCENA XI.

DOÑA TERESA, ELENA, D. CÁRLOS.

ELENA. ¡Madre mia!  
TER. Dame un beso.  
ELENA. Yo no sé lo que me pasa.  
CÁRLOS. Nos dejó á oscuras. ¡Qué casa!  
Todos han perdido el seso.  
(Ap.) ¡Y no la puedo encontrar!  
¡Para qué querrá escribir  
un hombre que va á morir?  
Solo para molestar  
á los que en aquel abismo  
con más prudencia ó más suerte  
escapamos de la muerte.  
¡Pero señor, qué egoismo!)  
ELENA. Es un coche.  
(Todos se levantan: Doña Teresa y Elena se precipitan al balcon; D. Carlos busca de nuevo la carta.)  
Ver no puedo...  
TER. ¡Qué rumor?  
ELENA. ¡Aquí han entrado!  
TER. ¡Él es!...  
ELENA. ¡Él!...  
TER. ¡Hijo adorado!  
Ven, Elena, ven...



## ESCENA XIII.

DICHOS y D. JUAN.

D. Juan aparece en la puerta de la izquierda pálido, descompuesto y agitando la carta en su mano convulsa.

ALF. ¡Vengan los brazos! (Á D. Juan.)

JUAN. ¡Aparta!

¡Tienes sangre de ese Judas!

(Señalando á D. Carlos.)

CÁRLOS. ¿Qué estás diciendo?

JUAN. ¡Lo dudas?

¡Mira, infame!

(Se dirige á Carlos y le acerca la carta al rostro.)

CÁRLOS. ¡Juan!

TER. (Precipitándose entre ambos.) ¡¡La carta!!

(Quedan los personajes en el orden siguiente: Doña Teresa, D. Carlos y D. Juan formando un grupo: Doña Teresa entre ambos, que se miran coléricos. Elena y Alfredo forman otro grupo y contemplan con estupor esta escena. D. Ramon aparte. Los criados que trajeron las luces observan con curiosidad.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS, ALVARADO, BANQUERO 1.º, BANQUERO 2.º  
BANQUERO 3.º D. Carlos y Alvarado á la derecha. Los  
tres Banqueros formando un grupo á la izquierda.

ALV. ¿Y conoce Alfredo ya?...

CÁRLOS. Vamos, don Luis, en confianza;  
Alfredo está enamorado  
de Lola.

ALV. ¿De véras?

CÁRLOS. ¡Vaya!

ALV. Gran placer, mi buen amigo,  
esa noticia me causa.  
Los negocios no secaron  
en mi corazon las santas  
ilusiones de la vida;  
y el lazo que una dos almas  
debe fundarse á mi ver  
en el amor.

CÁRLOS. ¡Cosa clara!

(Ap.) (¡Cómo pudo hacer fortuna  
con tales extravagancias!)

(Siguen hablando en voz baja.)

(Grupo de los Banqueros.)

BANQ. 3.º Por más que diga don Cárlos,  
Urrutia no es de confianza.

BANQ. 1.º Pero Alvarado ¿es seguro?

BANQ. 2.º (Con misterio.) Lola y Alfredo se casan.

BANQ. 1.º ¿Tú sabes?...

BANQ. 2.º Muere de amor  
la divina mejicana.

BANQ. 3.º Y ¿dónde se conocieron?

BANQ. 2.º En París.

BANQ. 3.º Y ¿esta es la causa  
de que el padre dé su ayuda  
á don Cárlos en jugada  
de tanto riesgo?

BANQ. 2.º Cabal.

BANQ. 1.º ¡Tiene don Luis grande el alma!

## ESCENA II.

DICHOS, D. RAMON, por el fondo.

RAMON. Señores... (Saludando.)

CÁRLOS. (Á D. Ramon.) ¡Noticias?

RAMON. Buenas.

La Bolsa prosigue en alza.

BANQ. 2.º El empréstito será  
el asombro de la banca.

CÁRLOS. (Á D. Ramon.) ¿Me trajiste los brillantes?

RAMON. Aquí están.

(Saca un estuche y se lo entrega á D. Cárlos, que con el estuche en la mano, se dirige á la izquierda: los tres Banqueros le rodean y miran el collar con interés. D. Ramon se acerca á D. Luis, y los dos hablan en voz baja á la derecha.)

CÁRLOS. Muy bien. Me agradan.

BANQ. 1.º ¡Es una cinta de fuego!

BANQ. 2.º ¡Cada brillante es un ascua!

CÁRLOS. ¿Y el precio? (Volviéndose hácia Ramon.)

BANQ. 3.º Caros serán.

RAMON. (Interrumpe su conversacion con Alvarado, y sin separarse de éste se vuelve hácia D. Cárlos.)  
Quince mil duros; y gracias.

(Sigue hablando con Alvarado.)

CÁRLOS. (¡Demonio!) Pues son baratos. (En voz alta.)  
(D. Cárlos se separa de los Banqueros, dejándoles el collar y se aproxima á D. Ramon y á Alvarado. De este modo los personajes forman dos grupos: á la izquierda los tres Banqueros; á la derecha D. Cárlos, D. Ramon y Alvarado: estos tres últimos hablan en voz baja y comparan notas.)

BANQ. 1.º ¡Qué reflejos! (Mirando el collar.)

BANQ. 3.º ¡Qué mudanzas!

BANQ. 2.º Ya será la rica joya  
para alguna buena alhaja.

BANQ. 1.º Son para Julia Fernandez.

BANQ. 3.º Son para Carlota Vargas.

BANQ. 1.º Yo lo sé por el joyero.

BANQ. 3.º Pues el joyero te engaña:  
es Carlota la que priva.

BANQ. 1.º ¡Qué historia tan atrasada!

BANQ. 2.º ¡Este Cárlos es el diablo!

BANQ. 3.º ¡Á mí es hombre que me encanta!

(Los tres Banqueros siguen hablando. Alvarado se separa de D. Cárlos, y con unas notas en la mano se aproxima á los tres Banqueros. Dejan éstos el collar sobre la mesa y hablan en voz baja con Don Luis. Á la derecha D. Cárlos y D. Ramon.)

CÁRLOS. ¿Cómo sigue Juan?

RAMON. Mejor.

Hoy mismo deja la cama.

CÁRLOS. Es un desatino: en ella  
mucho más tranquilo estaba.  
Siempre tendremos alguna  
escena melodramática.

RAMON. ¿Y Alfredo sospecha?...

CÁRLOS. Al ménos

duda, y si viera esa carta...  
tal vez, Ramon, no lo creas,  
pero el pensarlo me espanta.  
¡Flaquezas!... ¡Debilidades!...  
Le he pedido esta mañana  
á Juan...

RAMON. ¿Alguna entrevista?

CÁRLOS. ¡Quiere marcharse de casa

y quiere llevarse á Elena!  
(Sigue hablando en voz baja.)

### ESCENA III.

DICHOS, ALFREDO y ANSELMO, por el fondo.

ALF. Háblale; valor. (Á Anselmo.)

ANS. Es vana  
mi súplica. Le conozco.

ALF. (Acercándose al grupo que forman D. Carlos y don  
Ramon. Detrás de Alfredo se acerca con descon-  
fianza Anselmo.)  
Padre...

CÁRLOS. (Volviéndose) Alfredo...

ANS. Señor...

CÁRLOS. Basta.

Te dije que es imposible.

ANS. Veinte años en vuestra casa...

CÁRLOS. Trabajaste y te pagué.  
He suprimido tu plaza:  
lo siento, pero es preciso:  
Dios te ampare en tu desgracia.

RAMON. Vamos, Carlos. (Suplicando)

ALF. Si mi ruego...

CÁRLOS. Inútil; son necesarias  
severas economías.

ANS. (Con violencia.)

¡Es decir que nada alcanzan!...

CÁRLOS. Mi casa no es un hospicio;  
es una casa de banca.

(D. Carlos se separa del grupo de la derecha y se  
acerca al de la izquierda. Alvarado se separa igual-  
mente del grupo de los Banqueros y sale al en-  
cuentro de D. Carlos.)

ALV. (Á D. Carlos.) Quisiera que combinásemos  
ciertos detalles que aún faltan.

CÁRLOS. Pues pasemos al despacho.

Señores... (Despidiéndose de los Banqueros.)

(D. Carlos y D. Luis se dirigen á la derecha, pri-  
mer término. Los Banqueros quedan siempre á la  
izquierda. Alfredo y Ramon consolando y conte-

- niendo á Anselmo.)
- ANS. (Ap. al ver pasar á D. Carlos.)  
(¡Maldita raza!)
- CÁRLOS. (Á D. Ramon.) Déjame sobre la mesa  
el collar, que con más calma  
he de volver para verlo.
- ANS. (Ap.) (¡Miserable!)
- ALF. No te vayas.  
Á mi madre acudiré;  
en mi madre ten confianza.  
(Sale Alfredo por la izquierda.)
- ANS. (En todos confiando voy  
y nadie seca mis lágrimas.)  
(Salen D. Carlos, D. Luis y D. Ramon por la de  
recha.)

## ESCENA IV.

LOS TRES BANQUEROS: separado de ellos, triste y  
pensativo, ANSELMO.

- BANQ. 1.º ¡Es un hombre prodigioso!
- BANQ. 3.º ¡Qué actividad, qué talento!
- BANQ. 2.º Él se siente en su elemento  
en este vertiginoso  
torbellino de la córte.
- BANQ. 1.º ¿Y el empréstito?
- BANQ. 3.º Se hará.
- BANQ. 2.º Él sabe por dónde va.
- BANQ. 3.º Él jamás pierde su norte.
- BANQ. 1.º Nada basta á sus ardores:  
ni el mundo con sus placeres,  
ni con su amor las mujeres,  
ni el arte con sus primores.
- BANQ. 2.º Y á propósito, ¿sabeis  
el gran escándalo?
- BANQ. 1.º y 3.º No.
- BANQ. 2.º Pues señores, lo sé yo.
- BANQ. 3.º ¡Bravo!
- BANQ. 1.º Sepamos...
- BANQ. 2.º (Como dudando.) Ya veis...  
no sé si debo...



- BANQ. 1.º Siempre buskais con afan...  
¿Supones tú que don Cárlos (Al Banquero 2.º)  
con su amor persigue á Elena?
- BANQ. 2.º Bien lo dice aquella escena.
- ANS. (Ap.) (Si yo pudiera escucharlos.)
- BANQ. 3.º Historia nueva y curiosa.
- BANQ. 1.º ¡Decir debes repugnante!
- BANQ. 2.º Es don Cárlos muy galante.
- BANQ. 3.º Y la dama muy hermosa.
- BANQ. 1.º Es imposible.
- BANQ. 3. No tal.
- BANQ. 1.º ¿Tú sospechabas?..
- BANQ. 2.º ¿Sabias?..
- (Banquero 3.º hace una señal afirmativa.)  
Pues ¿por qué no lo decías?
- BANQ. 3.º Por reserva natural.  
Don Cárlos... vamos... no sé  
si debo decirlo...
- BANQ. 2.º Claro.
- BANQ. 3.º Tengo... así... cierto reparo...
- BANQ. 2.º ¿Qué sospechas? vamos ¿qué?
- BANQ. 3.º ¿Veis esos brillantes?
- BANQ. 1.º y 2.º Sí.
- BANQ. 3.º Antes buscábamos...
- BANQS. 1.º y 2.º ¡Ah!
- BANQ. 3.º Quién era la dama.
- BANQS. 1.º y 2.º ¡Ya!
- BANQ. 3.º ¡Si estará la dama aquí?
- BANQ. 1.º Y Juan se acomoda...
- ANS. (Adelantándose.) No.
- BANQ. 2.º ¿Te quedaste?
- BANQ. 3.º ¿Has escuchado?
- ANS. Juan es pobre, pero honrado;  
tan honrado como yo.  
Blancos sus cabellos son  
como blancos son los míos;  
pero aún tienen muchos bríos  
el suyo y mi corazón.
- BANQ. 1.º Silencio, que viene Juan.
- BANQ. 2.º Sometamos á un ensayo  
el cuento de mi lacayo  
y la historia de Julian.

ANS. (¡Ah, don Cárlos, mi dolor  
no desarrugó tu ceño!  
no hay enemigo pequeño  
cuando le inspira el rencor!)

## ESCENA V.

LOS TRES BANQUEROS, ANSELMO, D. JUAN. Este último  
por la izquierda.

JUAN. Señores...

BANQ. 3.º Venga esa mano.

BANQ. 1.º Otra vez tan bueno y tan...

BANQ. 2.º Así me gusta, don Juan;  
siempre fuerte un veterano.

JUAN. ¿Don Cárlos?...

BANQ. 2.º Ha de volver  
muy en breve, pues dejó  
esta joya que compró  
y que aún no he podido ver.

(Coge el collar y aparenta que lo examina con  
interés.)

JUAN. Entónces aquí le aguardo.

BANQ. 2.º (Al Banquero 1.º)

¡Repara bien qué brillantes,  
qué pureza y qué cambiantes!...

(Á los Banqueros 1.º y 3.º)

(Voy á disparar el dardo.)

(Á D. Juan) ¡Esto es vivir y gozar!

¡Qué garganta alabastrina  
ceñirá la luz divina  
de este espléndido collar?

¡Cuál femenil corazon,  
segun añeja costumbre,  
encenderá en esta lumbre  
el fuego de su pasión?

¡Quién los tiernos sentimientos  
podrá rechazar, don Juan,  
del generoso galan

que en tan buenos argumentos  
sus pretensiones apoya?

¡Nada se cuenta en la caja,  
ni de aquella buena alhaja,

- ni de aquesta rica joya?  
JUAN. Nada en la caja se cuenta.  
mientras en la caja estoy.  
BANQ. 2.º Pues estos brillantes hoy  
dan que hablar. Y se comenta...  
y se dice... que ha encontrado  
don Cárlos otra belleza.  
JUAN. Alguna nueva vileza.  
BANQ. 2.º (Ap. á los Banqueros 1.º y 3.º)  
(¡Si en el blanco habremos dado!)  
BANQ. 1.º (Basta ya.) (Á los Banqueros 2.º y 3.º)  
BANQ. 2.º ¡Quién podrá ser?  
BANQ. 3.º Será jóven.  
BANQ. 2.º Será hermosa.  
BANQ. 3.º ¡La favorita dichosa!  
BANQ. 2.º ¡La afortunada mujer!  
JUAN. Al fulgor extraordinario  
de este soberbio collar,  
bien pronto vereis brillar  
su vil rostro mercenario.  
BANQ. 2.º (¡Lo dijo con tal pasion!...)  
BANQ. 3.º (¡La viga en el ojo ajeno!)  
BANQ. 2.º (¡Bueno está el mundo!)  
BANQ. 1.º (Sí, bueno.)  
ANS. (Ap. á D. Juan.) (Basta de conversacion.)  
BANQ. 2.º (Ap. á los otros dos.)  
(Silencio, viene el galan.)  
BANQ. 1.º (Silencio: demos un corte.)  
BANQ. 2.º (Á D. Juan.) Para victorias la córte.

## ESCENA VI.

LOS TRES BANQUEROS, ANSELMO, D. CÁRLOS. El último  
por la derecha, primer término.

- CÁRLOS. Señores... amigo Juan...  
(D. Cárlos saluda naturalmente á Juan y se acerca  
á los Banqueros. Los personajes quedan en el ór-  
den siguiente: D. Cárlos y los Banqueros, á la de-  
recha; Anselmo y Juan, á la izquierda.)  
JUAN. (Nada les comprendo.) (Ap. á Anselmo.)  
ANS. (Id. á Juan.) Pues

- ya te explicaré.)
- CÁRLOS. (Á los Banqueros.) Alvarado  
les aguarda.
- BANQ. 2.º Buen soldado.  
(Á D. Juan despidiéndose.)
- BANQ. 1.º Hasta luégo. (Lo mismo.)
- BANQ. 3.º (Id.) Hasta despues.  
(Los Banqueros 1.º, 2.º y 3.º salen por la puerta  
que conduce al despacho de D. Cárlos despues de  
hablar con este algunos instantes.)
- ANS. (Ap.) (Si la venganza me incita,  
si en odio el cariño trueco,  
¿por qué no he de ser el eco  
que sus infamias repita?)  
(Te espero... y yo te diré...) (Á Juan.)
- JUAN. ¿Dónde?
- ANS. Allá dentro te aguardo.
- JUAN. Mas si por acaso tardo...
- ANS. No importa, te esperaré.  
(Sale Anselmo por la izquierda.)

## ESCENA VII.

D. CÁRLOS, D. JUAN.

- CÁRLOS. (Ap.) (En verdad que no me siento  
tranquilo al lado de Juan.)
- JUAN. (Ap.) (Quisiera calmar mi afan  
y calmar mi pensamiento.)
- CÁRLOS. ¿Deseabas hablarme?
- JUAN. No.  
(Movimiento de sorpresa de D. Cárlos.)  
Usted, señor, me ha llamado.
- CÁRLOS. ¡Justo!... Lo había olvidado.  
Cien ideas llevo yo  
en mi cabeza.
- JUAN. ¡Es fortuna,  
y por mí, señor, lo infiero:  
por más que olvidarla quiero,  
en mi mente sólo hay una!
- CÁRLOS. (Ap.) (No me doy por entendido,

aunque adivino cuál sea  
esa malhadada idea.

(Pausa. D. Carlos observa con interés á D. Juan.)

¡Infeliz!... ¡Mucho ha sufrido!

Dicen que quieres partir  
y que me guardas rencor.

JUAN.

En esta casa, señor,  
¿de qué puedo ya servir?  
Ya se oscurece mi estrella,  
ya ni valgo ni apróvecho.  
La sangre que de mi pecho,  
por vuestro padre en Morella;  
cuando junto á mí luchaba  
y mi cuerpo le cubría,  
con entusiasmo vertía  
y con placer derramaba,  
con años de tanto afán  
secóse en mis viejas venas:  
¡dejad que llore sus penas  
á solas el pobre Juan!

CÁRLOS.

Y ¿piensas dejarnos?

JUAN.

Sí.

CÁRLOS.

¿Con Elena?

JUAN.

¿Por qué no?

CÁRLOS.

Pues mira, pensaba yo  
que mejor quedaba aquí.

JUAN.

Doña Teresa, cual madre  
fué para Elena..

CÁRLOS.

Por eso.

JUAN.

Con gratitud lo confieso,  
pero al fin yo soy su padre. (Pausa.)

CÁRLOS.

(¿Que nada, por más que lucho,  
su terco designio quiebre!)

JUAN.

Entre el insomnio y la fiebre  
á veces se piensa mucho.

CÁRLOS.

¿Pensaste?

JUAN.

Que he de partir.

CÁRLOS.

(Imperturbable.)

¿Y la razon?

(D. Juan le mira algunos instantes con asombro y  
al fin dice con ironía.)

JUAN.

Un capricho.

CÁRLOS. Dí la verdad.

JUAN.

Ya la he dicho,

mas la voy á repetir.

De dos razas á mi ver,  
distintas, somos, señor:  
á una persigue el dolor;  
goza la otra del placer,  
y en toda triste jornada,  
y en todo supremo instante,  
la de usted queda triunfante,  
la mia sacrificada.

Ya cumplí mi obligacion;  
pagué sangriento tributo;  
en el alma llevo luto;  
luto lleva el corazon;  
usted... queda en su palacio,  
y aunque lo sienta perder,  
quiero entre los dos poner  
mucho tierra y mucho espacio.

CÁRLOS. Mi buen Juan... (Acercándose.)

JUAN. (Retrocediendo.) Yo nada exijo.

CÁRLOS. ¿Me hablas con tal amargura!

JUAN.

¿Usted sabe por ventura  
lo que es el perder un hijo?

(Acercándose á D. Carlos y mirándole atentamente)

Lo ignora, sí, que la cara  
lo dice. ¿Si lo supiera,  
lo que hizo con él hiciera  
ó ante mí se presentára?

CÁRLOS. Oye, Juan...

JUAN.

No puedo oír:

preciso es que aquí acabemos:  
por última vez nos vemos.

CÁRLOS. ¿Por qué?

JUAN.

Porque he de partir.

Le conviene á usted, señor,  
(Procurando contenerse.)

le conviene á usted que parta;  
que léjos lleve esa carta;  
que entre Alfredo y mi dolor  
ponga mucha, mucha tierra,  
pues no respondo de mí

- en tanto que siga aquí  
con mis furores en guerra.
- CÁRLOS. Más tu pena me conmueve,  
que tu amenaza me irrita.
- JUAN. Y más calma necesita  
quien ménos tenerla debe.
- CÁRLOS. Me inspiras, Juan, compasion.
- JUAN. Si usted no me la inspirára;  
si á su delito aplicára  
la justicia del talion;  
si yo pusiera delante  
del hijo honrado y leal  
al padre con la señal  
de asesino en el semblante...  
aunque son pruebas muy rudas,  
y aunque amor filial impere,  
¿piensa usted que nadie quiere  
que le haya engendrado un Judas?
- CÁRLOS. ¡Ese insulto!... Tente quédo.  
¡No amenazas!
- JUAN. ¡Bien podría!
- CÁRLOS. ¿Piensas que lo sufriría?
- JUAN. Sí.
- CÁRLOS. ¡Por lástima!
- JUAN. ¡Por miedo!
- CÁRLOS. Como te aguanta no sé  
mi ya gastada paciencia.
- JUAN. Milagros de la conciencia.  
(Pausa. D. Juan hace un movimiento para marcharse.)  
Á don Ramon rendiré  
cuentas que debo rendir,  
y despues Elena y yo... 31
- CÁRLOS. ¿Con Elena dices!... No.
- JUAN. ¡Don Carlos!...
- CÁRLOS. Su porvenir  
vas á matar de ese modo.
- JUAN. Será lo que deba ser.
- CÁRLOS. Su ventura...
- JUAN. Su deber  
es lo primero de todo.
- CÁRLOS. Tendrás cuidados prolijos,

- y nadie vendrá en tu ayuda.  
JUAN. ¡Se ha propuesto usted sin duda  
quitarle todos mis hijos!  
Adios, señor.
- CÁRLOS. ¿Dónde vas?  
JUAN. Doña Teresa y Alfredo  
me aguardan...
- CÁRLOS. (Me inspira miedo.)  
¡Pero no le mostrarás  
esa carta; no por Dios!
- JUAN. Fuera justicia cumplida,  
y justicia merecida,  
sin hijos quedar los dos.  
Mas no tema, que á tal precio  
tal venganza yo no exijo.  
Mucho es la muerte de un hijo;  
pero aún es más su desprecio. (Váse.)

### ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, D. RAMON.

- RAMON. ¿Qué estás pensando?  
CÁRLOS. No sé;  
pero algo agitarse siento.  
(Llevando las manos al pecho.)
- RAMON. ¿Acaso el remordimiento?  
CÁRLOS. ¡Remordimiento? ¿Por qué?  
Lo que hice fué natural:  
¿querías que me arruinase,  
ó tal vez que adivinase  
la catástrofe final?  
El afan que me devora  
explicarte no podría;  
algo siente el alma mia,  
pero qué siente lo ignora.  
Siento agitarse en mi pecho  
á la vez despecho y pena;  
pena por perder á Elena,  
y por mi pena despecho.  
Por Juan enojo y dolor:  
dolor agudo al mirarle;

fiero enojo al escucharle;  
y no sé cuál es mayor.  
Y entre dolores y enojos,  
y entre despechos y penas,  
arde la sangre en mis venas  
y turbio miran mis ojos.  
Y en tan confuso sentir,  
sólo ve mi voluntad  
con perfecta claridad  
que Elena no ha de partir.  
Por impedirlo llegaría  
al crimen ó al sacrificio;  
á esta pasion que acaricio  
para siempre renunciára,  
¡lo juro por Belcebú!  
conservando á Elena yo,  
pero perdiéndola, no. (Con energía.)  
Esto no lo entiendes tú.

RAMON. Pues ella se acerca.

CÁRLOS. Vete.

RAMON. ¿Qué vas á hacer?

CÁRLOS. No lo sé.

RAMON. Calma, Carlos.

CÁRLOS. La tendré;

(Al ver un movimiento de duda de D. Ramon.)

Y soy yo quien lo promete.

Vuelve al despacho. Alvarado  
aguarda contestacion.

RAMON. ¿De Urrutia?

CÁRLOS. Sí.

RAMON. El corazon  
me dice que te ha engañado.

(Sale D. Ramon por la derecha, primer término.)

## ESCENA IX.

D. CÁRLOS, ELENA.

Elena se detiene en la puerta de la izquierda, como temerosas.

CÁRLOS. (Ap.) (Acercarse quiere y duda.  
¡Pobre niña!)

ELENA. (Id.) (Yo quisiera,

- y no me atrevo.)
- CÁRLOS. (¡Hechicera!)
- ELENA. ¿Fué la batalla muy ruda?  
(Desde lejos y con timidez. D. Carlos se acerca á ella y la trae cariñosamente al proscenio.)
- CÁRLOS. Insultos tales sufrí  
de su furor insensato,  
que tan solo mi arretrato  
enfrené pensando en tí.
- ELENA. Esperando el desenlace  
estaba, pero no tuve  
paciencia...
- CÁRLOS. Pues ya la nube  
ha estallado.
- ELENA. ¿Y qué se hace?  
(D. Carlos indica con sus ademanes que no atina.)  
Mi padre, ¿qué resolvió?
- CÁRLOS. Quiere llevarte.
- ELENA. ¿Dios mio!  
en usted sólo confío.  
¿Usted lo consiente?
- CÁRLOS. No.  
Por nada, Elena, en el mundo  
me resigno yo á perderte,  
que desde niña á quererte  
con amor tierno y profundo  
me habitué. Mis pesadumbres  
templó tu infantil gracejo,  
y voy siendo ya muy viejo  
para cambiar de costumbres.
- ELENA. Si mi padre en su amargura...
- CÁRLOS. Tendrá que ceder tu padre,  
que le cuadre ó no le cuadre.  
¡Lo primero es tu ventura!  
¡Tú, pobre niña, educada  
en el calor de mi hogar,  
tú, mi casa abandonar  
llorosa y desesperada!  
¡tú, cruzando el ancho mundo  
de la infamia y la traicion,  
y por toda proteccion  
un anciano moribundo!

¡En el miserable espacio  
de una sórdida bohardilla,  
tú, del arte maravilla  
y asombro de mi palacio!  
Si tú salieras de aquí,  
si yo llegára á perderte,  
para tí miseria y muerte,  
y deshonra para mí.

ELENA. El pensarlo me estremece,  
mas si mi padre lo ordena,  
aunque es inmensa mi pena,  
¿qué hacer?

CÁRLOS.

Se desobedece.

¿Quiere marcharse? Pues bien:  
libre tiene la salida;

mas para truncar tu vida,  
¿quién tiene derecho? ¿quién?

¿Qué razon formal y séria  
le asiste en su terco afan?

¿Para qué se empeña Juan  
en lanzarte á la miseria?

Resiste: puedes si quieres;  
Mas sin decir que te incito.

Y resistiendo, le irrito.

ELENA.

CÁRLOS. Y no resistiendo, mueres.

¿Quién como yo se desvive  
por labrar vuestra ventura?

Mas tu padre en su locura  
siempre con desden recibe

mis cariñosas ofertas;  
siempre rechaza mis dones

con orgullosas razones.

¿Cuántas y cuántas reyertas  
hemos tenido los dos!

Él es viejo; no comprende  
esta sociedad: eptiende

el honor ¡válgame Dios!

por manera bien extraña:

se plantó en el año doce,

y el infeliz desconoce

á nuestra moderna España.

Hoy, Elena, es lo primero

- tener oro, que sin él  
se hace bien triste papel.
- ELENA. Pero el dinero...
- CÁRLOS. ¡Es dinero!  
Y con él podrás saciar  
tus sentidos de placeres;  
sobre todas las mujeres  
podrás, Elena, brillar.  
El mundo entero á tus piés  
en espléndida llanura,  
verás, niña, de la altura  
en que reines.
- ELENA. ¿Y despues?
- CÁRLOS. Vive y goza, que la huesa  
vienes tras la juventud.
- ELENA. ¿Y el honor y la virtud?
- CÁRLOS. Eso... es cuenta de Teresa.
- ELENA. ¡Don Cárlos! (Retirándose sobrecogida.)
- CÁRLOS. Bien: exagero  
por mi carácter jocoso;  
pero, Elena, no hay reposo  
para nadie sin dinero.
- ELENA. Tambien entre rojas nieblas  
un reino en una llanura  
mostró á Jesús en la altura  
el ángel de las tinieblas.
- CÁRLOS. (Ap.) ¡Pues, Teresa! ¿Quién resiste  
virtud que así le avasalle?)
- ELENA. Miró Cristo el rico valle  
bajando su frente triste:  
rogó al Padre de la luz,  
y venció la tentacion.
- CÁRLOS. (Con expresion satánica.)  
¡Por eso sufrió pasion,  
y por eso murió en cruz!

## ESCENA X.

D. CÁRLOS, ELENA, DOÑA TERESA, ALFREDO, D. JUAN,  
ANSELMO.

Los personajes están en el orden siguiente. Elena retroce-

diendo con espanto, llega hasta la mesa de la izquierda, sobre la cual se halla el collar de brillantes. D. Carlos la sigue. Doña Teresa, Alfredo, D. Juan y Anselmo aparecen en la puerta de la izquierda, y en ella se detienen: Doña Teresa conteniendo á Alfredo; Anselmo llevando á D. Juan y mostrándole el grupo que forman Elena y D. Carlos.)

ELENA. Basta, basta... yo agradezco,  
don Carlos, tanto interés.  
Pero... Teresa...

CÁRLOS. Despues...

JUAN. (¡Qué dices!...) (Á Anselmo.)

ANS. (¡Juan!...)

ALF. (¡Me estremezco!

CÁRLOS. Mira, Elena, si tú quieres  
has de ser, y no te asombres,  
admiracion de los hombres  
y envidia de las mujeres!  
En tu frente pedrería,  
tus blancos hombros encajes,  
y arrastrar soberbios trajes  
por alfombras de Turquía.

ELENA. No merezco...

CÁRLOS. Tú mereces  
ser la reina de un palacio:  
de mirarte no me sacio:  
con tu hermosura oscureces  
el fulgor de estos brillantes. (Coge el collar.)  
Quiero ver de su destello  
sobre tu pálido cuello  
los luminosos cambiantes.

(Procura D. Carlos ceñir el collar á Elena. Ella se resiste, pero al fin cierra el broche.)

(¡Veis el collar?)

ANS. (¡Virgen santa!)

TER. (¡Como un ascua resplandece!)

ANS. (¡Hija del alma!)

JUAN. (¡Parece  
que le quema la garganta!)

(D. Carlos y Elena continúan juuto á la mesa de la izquierda. Doña Teresa, Alfredo, D. Juan y Anselmo, avanzan lentamente. Anselmo precediendo á.

todos y casi llevando á Alfredo y á D. Juan. Doña Teresa procurando contener á su hijo.)

ANS. ¡He sido yo un visionario?

JUAN. ¡Por mi deshonra su vida!

(Ap.) ¡Vereis de la entretenida el vil rostro mercenario!

¡Yo lo dije... sí... yo mismo!

TER. ¡Alfredo!... por Dios... Alfredo!

(Conteniéndole.)

ALF. ¡No puedo... madre... no puedo!

ANS. ¡Si dije que es un abismo!

JUAN. (Apartando á todos y acercándose vacilante á Don Carlos.)

Dejadme... voy coordinando

mi iras... porque conviene...

ELENA. Pero mi padre ¿qué tiene?

JUAN. (Cogiendo á Elena por un brazo y separándola hácia la derecha.)

Vete...

ELENA. ¡Padre!

JUAN. Yo lo mando.

TER. Elena...

ELENA. Madre!

JUAN. (Á D. Carlos.) Los dos...

Espera... me falta aliento...

se me escapa el pensamiento...

ALF. ¡Padre! (Marchando hácia la izquierda.)

TER. ¡Alfredo!...

(Conteniéndole y colocándose entre D. Carlos y Alfredo.)

ALF. No...

TER. ¡Por Dios!

(D. Juan coge á D. Carlos por un brazo: D. Carlos procura desasirse.)

CÁRLOS. Suelta... ¿qué nueva locura?

JUAN. Antes...

CÁRLOS. Suelta...

JUAN. (Con voz ahogada.) ¡Quiero hablar!...

CÁRLOS. Primero vas á soltar. (Desprendiéndose.)

JUAN. ¡Una niña casta y pura!

(Los personajes están en el orden siguiente de izquierda á derecha: Alfredo, Teresa, D. Carlos,

- Juan, Elena, Anselmo.)  
ALF. ¡Padre, de quien recibí  
la existencia y el semblante;  
tú, cuya sangre espumante  
agolparse siento aquí!  
Por los rasgos de esta tez,  
por la vida que me diste  
y el amor que me tuviste,  
si me amaste alguna vez,  
yo te lo suplico, yo...  
dí que esa gente mentía,  
mentía cuando decía  
lo que Anselmo repitió!  
(Movimiento de arrojo.)  
¡Por qué el infame destello (Con nuevo arranque.)  
de aquellas piedras alumbraba  
la purísima penumbra  
de aquel nacarado cuello?
- CÁRLOS. Ya mi paciencia está llena...  
ya os sufrí por harto espacio...
- JUAN. ¡Por qué ofreciste un palacio  
y brillantes á mi Elena?
- CÁRLOS. Basta... Me vais á explicar...
- TER. ¡Tú sabes lo que dijeron  
las gentes que aquí estuvieron  
de aquel hermoso collar?
- CÁRLOS. ¡No lo sé, mas dílo tú,  
que ya la copa rebosa!  
(Doña Teresa le habla al oído, señalando á Elena.)  
¡Idea infame, espantosa;  
Idea de Belcebú!  
¡Pronto, Cárlos!
- TER. Por piedad...
- ALF. Habla...
- JUAN. Padre...
- ALF. (Ap.) ¡Pues ya escampa!
- CÁRLOS. Como á lobo en una trampa  
me cogieron; y en verdad,  
que las apariencias son  
terribles! La pierdo, sí. (Mirando á Elena.)  
¡Por qué no ha de hablar en mí  
una vez el corazón?)

- JUAN. (Ap.) (Bien se dibuja el despecho en su rostro altivo y duro.)
- CÁRLOS. (Ap.) (¿Cómo salir de este apuro?... Pues, señor, á lo hecho pecho.)  
Acércate.  
(Dirigiéndose á Elena, que permanece á la derecha con Anselmo, cogiéndola de la mano y trayéndola á la izquierda.)
- JUAN. ¿Para qué?  
(Procurando separar á su hija de D. Carlos.)
- CÁRLOS. Ven y tus penas olvida,  
¡único ser en la vida  
acaso á quien respeté!  
Que tesoros te he ofrecido;  
que he forjado en el espacio  
no sé que rico palacio;  
que este collar te he ceñido,  
no lo niego... es cierto... sí;  
más decidme, Juan, Alfredo,  
¿á la *hija mia* no puedo  
ofrecer lo que ofrecí?  
(Movimiento de sorpresa en todos.)
- ANS. (Al oído de D. Juan.)  
(¿Qué nueva infamia prepara?)
- JUAN. Elena no es hija tuya.
- ALF. (Al oído de Doña Teresa.)  
(¡Madre, la llama hija suya!)
- ANS. (Al oído de D. Juan.)  
(¡Mírale bien á la cara!)
- CÁRLOS. (Á D. Juan.) ¿No comprendes, insensato?  
(Á Alfredo.) ¿No comprendes todavía  
por qué la llamo hija mia?  
Porque es ya tu esposa, ingrato.  
(Con explosión generosa, al ménos en la apariencia,  
y acercándose Elena á Alfredo.)
- ALF. ¡Padre del alma, perdon!
- TER. ¡Perdon, Carlos!
- ELENA. (Abrazando á Doña Teresa) ¡Madre amada!
- ANS. (Ap. á D. Juan.)  
(Repara bien su mirada.)
- JUAN. Yo miro su corazón. (Rechazándole.)  
(Los personajes quedan en el órden siguiente: Don

Cárlos en el centro, triunfante, satisfecho, mirando á todos con sonrisa bondadosa. Á su alrededor Doña Teresa, Elena, Alfredo y Juan mostrando sorpresa y alegría. Anselmo aparte mirándoles con enojo é ironía.)

## ESCENA XI.

D. CÁRLOS, DOÑA TERESA, ELENA, ALFREDO, D. JUAN,  
ANSELMO, D. RAMON y ALVARADO.

Los dos últimos por la puerta del fondo: vienen profundamente agitados, y D. Ramon trae una carta en la mano. Los personajes quedan en el orden siguiente. Alfredo y Teresa á la izquierda. Elena, D. Juan y Anselmo á la derecha: entre ambos grupos, que deberán estar á alguna distancia uno de otro, D. Cárlos, Alvarado y D. Ramon. Estos tres últimos más retirados hacia el fondo que los demás personajes.

RAMON. ¡Cárlos, yo lo predecía...  
mira esta carta!

CÁRLOS. (Leyendo con afan.) ¡Se niega!

RAMON. Al fin Urrutia nos pega  
un chasco. Me lo decía  
el corazon.

CÁRLOS. ¡Cien millones!

RAMON. ¡Mañana el pago!

ALF. (Á Doña Teresa.) ¡Qué están  
diciendo?

TER. No sé.

CÁRLOS. ¡Serán,  
si hacen tal, unos bribones!

ALV. ¡No hay conciencia ni honradez!

RAMON. ¡Es ya gente sin pudor!

CÁRLOS. ¡Al ver esto, de rubor  
se me enciende á mí la tez!

ALV. No tema usted; yo respondo  
de todo este nuevo plazo.  
Nos une un sagrado lazo.  
¡Por aquel diablillo blondo...  
por mi Lola ¡qué no haría!  
No digo yo mi dinero,

aunque en verdad bien le quiero,  
¡toda mi sangre daría!

Alfredo... venga esa mano...

(Dirigiéndose con Ramon á la izquierda. D. Cárlos viene al centro. Los personajes quedan en el orden siguiente, empezando por la izquierda: Ramon, Alvarado, Alfredo, Teresa, Cárlos, Juan, Elena, Anselmo.)

CÁRLOS. (Mirando receloso á su alrededor.)

(Demos un corte ahora mismo,  
ó se nos abre un abismo.)

Perdemos el tiempo en vano,  
don Luis.

ALV. Ya lo sabe Lola  
y su ventura es inmensa.

ALF. (Á Doña Teresa.)

Pero Alvarado, ¿qué piensa?

CÁRLOS. ¡Don Luis!

(Impaciente, agitado y observando con recelo á todos.)

ALV. En una amapola  
trocaron su rostro hermoso  
el rubor y la alegría,  
cuando le dije: «hija mia,  
Alfredo será tu esposo.»

(Movimiento de asombro en los demas personajes y de alegría en Anselmo. D. Cárlos hace un gesto de ira; pero al punto se domina.)

ELENA. (Ap. á D. Juan con angustia.)

(¿Qué dice ese hombre?)

ANS. (Ap. á Juan en tono de triunfo.)

(¿Lo ves?)

ELENA. ¡Padre!

ALF. ¡Imposible!

JUAN. ¡Señor!

ELENA. ¡Ay de mí!

CÁRLOS. (Mirando con enojo á Alvarado.)

(Viejo hablador.)

(Ap. á D. Juan.)

(Yo te explicaré despues...

te extraña porque no sabes...)

TER. (Ap. á D. Cárlos.)

- (Tú mismo... tú... ¿no decías...)
- CÁRLOS. (Déjate de niñerías;  
se trata de asuntos graves.)  
(Separa á Teresa con la mano é intenta marcharse.)
- JUAN. (Cerrándole el paso con ademán resuelto.)  
(¿Á dónde va usted, señor?)
- TER. (Saliéndole al encuentro de nuevo.)  
(¡Cárlos!)  
(Otra vez intenta escapar, pero Alfredo se lo impide, y Doña Teresa, y D. Juan y Alfredo le rodean.)
- ALF. (¡Padre!)
- CÁRLOS. (Ap.) (No reposan;  
como á una fiera me acosan!)
- TER. (¡Y tu palabra?)
- JUAN. (¡Y mi honor!)
- CÁRLOS. (¡Corro mi fortuna entera (Á Juan.)  
de entre ruinas á salvar;  
puede tu honor esperar,  
y en negocios no hay espera!  
Tú sabrás la verdad toda.)
- JUAN. (Ap.) (Sospecho que la sé ya.)  
(Los personajes, en esta última parte de la escena, han estado del modo siguiente: Doña Teresa, Alfredo y D. Juan, rodeando á D. Cárlos. Alvarado y D. Ramon á la izquierda. Anselmo y Elena á la derecha.)
- ALV. (Como despedida á Alfredo.)  
La boda pronto será...
- ALF. Sólo un instante...  
(Alvarado se detiene y retrocede acercándose á Alfredo.)
- Mi boda,  
es cierto, está decidida,  
y ese collar soberano  
(Extendiendo el brazo hácia Elena. D. Cárlos se aproxima con ansiedad.)  
es presente de mi mano  
á mi bella prometida.
- ELENA. (¡Habló al fin su corazón!)
- CÁRLOS. (Si les dejo ¡Dios clemente!  
entre uno y otro demente

me arruinan sin compasión.)

(Dirigiéndose á Alvarado.)

Quise el efecto observar  
de ese reflejo acerado  
sobre un cútis nacarado...  
y ceñí á Elena el collar.

(¡Silencio!) (Ap. á Alfredo.)

(¡Padre!)

ALF.

CÁRLOS. (Id.) (Por mí.)

TER.

(¡Cárlos!)

CÁRLOS. (Ap. á Doña Teresa y Alfredo.)

(¡Me vais á arruinar!)

ELENA. (Á D. Juan.) ¡Pero es aquesto soñar!

ANS. (Ap.) (¡Sufre que le burle así!) (Pausa.)

JUAN. Aunque Elena es pura y bella,  
joya de tanto valor,  
hace ya sobrado honor  
á tan humilde doncella; (Le quita el collar.)  
justo es que vuelva á su dueño.  
Mas trajeron á la caja  
al entregar esa alhaja...  
la factura...

(Ríe irónicamente: se detiene algunos momentos:  
busca en los bolsillos y saca de ellos un papel.)

Y con empeño

me rogaron que la diese  
á quien la joya encargó.

CÁRLOS. ¡Dámela!

JUAN. ¿Don Cárlos? (Retirando el papel.)

No:

la factura es para ese. (Señalando á Alfredo.)  
(Se adelanta y entrega el collar y el papel á Al-  
fredo.)

RAMON. (Á Alvarado señalando á D. Juan.)

(¡Es un hombre singular!)

ALV. (¡Modelo de exactitud!) (Á D. Ramon.)

RAMON. (¡No comprendo la virtud (Á Alvarado.)  
en quien no sabe sumar!)

ALF. (¡Qué es esto, Dios santo!) (Ap., leyendo.)

(D. Cárlos quiere acercarse á Alfredo. D. Juan,  
que al entregar el papel y el collar quedó entre  
D. Cárlos y Alfredo, impide este movimiento.)

- CÁRLOS. (Queriendo separar á D. Juan.)  
¡Aparta!
- JUAN. (Á D. Carlos.) ¡Mucho la joya te cuesta!
- CÁRLOS. Pero ¿qué factura es esta? (Á D. Juan.)
- JUAN. (¡Es de mi Ernesto la carta!)
- CÁRLOS. (¡Juan!)
- JUAN. (Á D. Carlos.) (¡Mis golpes, vive Dios,  
que al corazon los dirijo!)
- CÁRLOS. (¡Miserable!)
- JUAN. (¡Hijo por hijo!...  
Digo mal... ¡que perdí dos!)
- CÁRLOS. ¡Tu mente en vano se exalta!...  
(Á Alfredo, acercándose á él con profunda ansiedad: éste, que deja caer los brazos, mira á su padre con angustia y retrocede: D. Carlos le sigue y le habla en voz bajn.)
- ALV. Don Carlos...  
(Llamándole desde el segundo término y hablando con D. Ramon.)
- CÁRLOS. (Á Alvarado.) Voy al instante.
- ALV. Parece que está anhelante. (Á Ramon.)
- CÁRLOS. (Algo decirte me falta...) (Á Alfredo.)
- ALF. (Ocultando el rostro con las manos y separándose con horror de su padre.)  
(Le falta á usted corazon  
y le falta á usted conciencia!)
- CÁRLOS. ¡Y á tí te sobra insolencia!  
(Doña Teresa se interpone entre el padre y el hijo: D. Juua se acerca á D. Carlos con terrible expresion de gozo: D. Ramon y Alvarado se detienen en el fondo y observan con curiosidad: Anselmo habla en voz baja á Elena y extiende el brazo hácia D. Carlos. Éste hace un movimiento de desesperacion y despues se dirige á Juan.)  
¡Me heriste sin compasion!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion de los actos anteriores.

### ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS, D. RAMON.

- RAMON. Ya te dije que el negocio era muy aventurado.
- CÁRLOS. Van ya tres plazos vencidos y van pagados tres plazos: ¿por qué perder la esperanza?
- RAMON. Te falta cubrir el cuarto, y ya el término concluye, y aún estamos esperando el telégrama de Roshtchild.
- CÁRLOS. Pues vendrá.
- RAMON. Me asombra, Cárlos, tu seguridad pasmosa y tu arrojo temerario. ¿Ya no te acuerdas de Urrutia? ¡Qué momentos tan amargos!
- CÁRLOS. Tú exageras: no es posible dos veces el mismo chasco.
- RAMON. ¡No es posible!
- CÁRLOS. Estás sombrío.
- RAMON. Como el tiempo, amigo Cárlos. (Pausa.)

(Se acerca D. Ramon al balcon y contempla el cielo. D. Carlos se deja caer en el sofá. La escena débilmente iluminada.)

Va concluyendo la tarde,  
y avanza un negro nublado. (Pausa.)  
Así roba á la conciencia,  
como crespon funerario,  
el mal sus divinas luces  
y su azul inmaculado.

CÁRLOS. (Incorporándose poco á poco á medida que habla D. Ramon y oyéndole con asombro.)

¡Magnífico, portentoso!  
¡Piramidal, soberano!  
¡Estupendo moralista!  
¡Sentimental entusiasmo!  
No hay salvacion para mí:  
¡todos!... en mi casa santos.  
Mi mujer, santa mujer  
por todos cuatro costados;  
Alfredo, digno aspirante  
á un puesto en el calendario;  
Elena, vírgen y mártir:  
tres entre santas y santos.  
Hasta aquí nada me admira,  
pero ¡tú de mis pecados  
cómplice y encubridor!  
¡Herejote, bribonazo!  
¡Perseguidor de las honras  
y de las conciencias gancho!  
¡Alma de carbon de piedra  
y corazon de basalto!  
¡Explicame cuál portento,  
más que portento milagro,  
trocó al Saulo de las almas  
en un apóstol san Pablo;  
cuál conversion...

RAMON.

¡Conversiones!  
eres por Cristo bien cándido.  
En el siglo en que vivimos,  
y en el globo en que habitamos,  
sólo verás conversiones...  
militares, ó en los altos

- círculos de la política,  
ó en la deuda del Estado;  
pero en las conciencias nunca;  
pero en las almas... ¡ay, Cárlos!  
no busques ya conversiones  
cual la conversion de Pablo.
- CÁRLOS. Conque ¿no eres virtuoso?  
¡ah, qué peso me has quitado!
- RAMON. ¡Cárlos... Cárlos...! la verdad...  
bromas aparte dejando...  
¡una catástrofe temo!
- CÁRLOS. Todo está bien combinado:  
el telégrama vendrá.
- RAMON. Dos horas tienes y cuarto  
de término.
- CÁRLOS. ¿Qué me importa?
- RAMON. Y aún algo ménos, que atraso.  
(Mirando el reloj.)
- CÁRLOS. Te empeñas en alarmarme:  
son infalibles mis cálculos.
- RAMON. No todos son infalibles,  
porque en casa fracasaron.
- CÁRLOS. Calla, que tales asuntos  
mejor están olvidados.
- RAMON. Ya Juan de su recaída  
salió bien. ¡Y al fin y al cabo  
se marcha?
- CÁRLOS. (Pensativo.) Se marcha, si:  
¡con Elena, Ramon!
- RAMON. ¿Cuándo?
- CÁRLOS. No lo sé.
- RAMON. Pues si rompiste  
con el bueno de Alvarado...
- CÁRLOS. Alfredo me hizo romper.
- RAMON. Ya libre, dime, ¿qué obstáculo  
puede haber para que Elena  
y Alfredo con dulce lazo?...  
(Con ira reconcentrada.)
- CÁRLOS. El obstáculo soy yo,  
porque yo sufrí el agravio.  
A quien de Alfredo me quita  
el cariño; al insensato

- que me escarnece y me ultraja...  
¿he de tenderle mis brazos?  
Ni aún queriendo yo, quisiera,  
(Señalando hácia adentro.)  
que es muy soberbio ese anciano.  
¿Y Elena?
- RAMON.  
CÁRLOS. Basta, Ramon,  
que con mil ánsias batallo.  
¿Pobre niña!... De este asunto  
no hablemos... quiero olvidarlo.
- RAMON. ¿Y tu mujer?... ¿Y tú hijo?  
CÁRLOS. Llorosos, tristes y pálidos  
vagan por esos salones  
como espectros funerarios.  
No se me acercan jamás...  
¿Soy un monstruo!... ¿Soy el diablo!  
De Alfredo, Elena y Teresa  
este es el último fallo.
- RAMON. Pues de boca en boca corre  
con horribles comentarios  
el cuento de tus amores  
con Elena.
- CÁRLOS. Bien empleado  
me está por haber seguido  
los consejos de este sandio.  
(Golpeándose el pecho.)
- RAMON. ¿Quién es éste?  
CÁRLOS. El corazón:  
él me metió en el mal paso.
- RAMON. Ese drama de familia  
mucho te ha perjudicado.
- CÁRLOS. ¿Bah!  
RAMON. ¿Te ries?  
CÁRLOS. Sí.  
RAMON. ¿Por qué?  
CÁRLOS. ¿Conozco á los hombres tanto!...  
si soy débil, son mis jueces:  
si soy fuerte, mis esclavos.  
El negocio me preocupa,  
no de Madrid el escándalo.  
La impaciencia me devora.
- RAMON. ¿Y aquellos seguros cálculos?

CÁRLOS. Seguros son. Sé que venzo;  
mas no me basta: en mis manos  
quiero la prueba tener:  
el despacho telegráfico.  
«Puedes girar sobre Lóndres:»  
estas palabras aguardo,  
y las palabras no llegan,  
y de impaciencia me abraso. (Pausa.)  
Voy á mandar á Felipe  
al telégrafo.  
(Se dirige á la puerta de la derecha primer tér-  
mino.)

## ESCENA II.

D. CÁRLOS, D. RAMON, BANQUEROS 1.º, 2.º y 3.º Los  
tres últimos aparecen en la puerta del despacho de D. Cá-  
rlos, y en la misma puerta se detienen todos.

BANQ. 1.º Don Carlos...  
CÁRLOS. ¿Ya me dejan?  
BANQ. 2.º Los amigos  
con impaciencia esperando  
estarán.  
BANQ. 3.º ¿Nada se sabe?...  
CÁRLOS. (Afectando indiferencia.)  
¿Qué importa...  
BANQ. 2.º (Con cierta sorna.) ¿Y ese despacho  
telegráfico no llega?  
CÁRLOS. Llegará. (Con seguridad.)  
BANQ. 3.º ¿Quién duda?  
BANQ. 2.º Claro.  
Cuando usted lo afirma...  
BANQ. 1.º Cierto.  
CÁRLOS. Señores... (Sale por la derecha primer término.)  
BANQ. 2.º ¡Qué cara!  
BANQ. 1.º Vamos,  
finge, pero miedo tiene.  
BANQ. 3.º Hombre al fin.  
BANQ. 2.º Es decir, barro.

ESCENA III.

LOS BANQUEROS; despues ALFREDO.

- BANQ. 3.º Es un negocio perdido.  
Lo dije: no cubrirá  
el empréstito.
- BANQ. 2.º Imposible.  
Pero Cárlos tiene tal  
idea de su talento,  
que para nada jamás  
consulta con sus amigos.
- BANQ. 1.º ¡Don Cárlos!...
- BANQ. 2.º Lástima da  
la reputacion que usurpa.
- BANQ. 3.º Él es un loco de atar.
- BANQ. 2.º Mucho arrojo, mucho orgullo.
- BANQ. 3.º Mucha suerte y nada más.
- BANQ. 2.º No hay cálculo...
- BANQ. 1.º No hay aplomo.
- BANQ. 2.º ¡En fin, un hombre vulgar!
- BANQ. 1.º Todo lo pierde: su ruina  
es completa.
- BANQ. 3.º Colosal.
- BANQ. 2.º Señores, bien empleado.  
Aquí debemos hablar  
en confianza; Cárlos era  
un insulto á la moral.
- BANQ. 1.º Está Madrid indignado:  
¡qué materialismo tan...  
Se acerca Alfredo: silencio.
- BANQ. 2.º ¡Qué palidez!
- BANQ. 3.º ¡Qué mirar!
- BANQ. 1.º ¡Pobre mozo! ¡Me da pena!
- BANQ. 2.º (Ap. á los otros dos.)  
Conque es decir que el Titan  
se hundió para siempre.
- TODOS. (Amen.)
- BANQ. 3.º (Y que mañana será,  
si el diablo no le protege,  
pobre de solemnidad.)

BANQ. 1.º Adios, Alfredo...

ALF. Señores...

BANQ. 2.º Esta casa ruina es ya. (Vánse.)

## ESCENA VI.

ALFREDO.

¿Qué es lo que pasa por mí?  
¿qué batalla fiera y ruda  
bajo mi frente sentí?  
¿Aquesto se llama duda,  
ó razon, ó frenesí?  
Si se debe aborrecer  
por su delito al malvado;  
si al hombre que nos dió el ser,  
porque vida nos ha dado,  
es obligacion querer,  
pregunta mi desvarío...  
¿mas para qué preguntar?  
¿para qué, destino impío?  
¿puedo yo nunca olvidar  
que es el padre... el padre mio?  
¿Suponen en él traicion,  
infamia, sangre y vileza!  
«¡mentiras, mentiras son,»  
grita la naturaleza  
con la voz del corazon.  
¡Calla, calla, pensamiento,  
que me horroriza escucharte!  
Calla... ¿no ves que ya siento,  
porque no consigo ahogarte,  
terrible remordimiento?  
Mas dice voz de dolor  
que dentro mi pecho suena,  
¿quién arrojó el deshonor  
sobre la frente de Elena,  
de Elena, que era mi amor?  
Y de nuevo la batalla,  
como nunca fiera y ruda,  
dentro de mi pecho estalla,  
y se agiganta la duda.

Y el corazon, ¿por qué calla?

## ESCENA V.

ALFREDO, ELENA, ésta por la izquierda.

ELENA. ¡Alfredo!

ALF. ¿Elena! Por qué  
brilla en tus ojos el llanto?

ELENA. Partimos. (Llorando.)

ALF. ¿Partir? ¡Dios santo!

ELENA. Ahora mismo... ¡Yo dejé  
á mi padre!...

ALF. ¡Suerte fiera!

ELENA. Con Teresa. Sí... los dos  
lloraban... Alfredo, adios...  
adios por la vez postrera.

ALF. ¿Tal ingratitud merezco?

¿Nada en mi dolor consigo?

ELENA. Él es mi padre y le sigo,  
es mi padre y le obedezco.

ALF. Con acento engañosor  
y fingiendo pasion loca,  
palabras halló tu boca  
y juramentos<sup>2</sup> de amor;  
y en tu cariño creí,  
y en tu fuego me abrasé.  
¡Elena, por qué te amé  
ó por qué te conocí!

ELENA. ¿De mi amor dudas?

ALF. ¡Dudar!...

ELENA. ¿Y mi angustia, no comprendes?

ALF. ¡Tan sólo sé que me vendes,  
ó que no sabes amar!

¡Por el ser á quien se adora  
todo en el mundo se olvida!

ELENA. ¡Eres, Alfredo, mi vida!

ALF. ¡Pero me dejas, traidora!

ELENA. ¡Basta ya, por compasion!

¿Nada mi dolor alcanza?

ALF. ¡Si me quitas la esperanza,  
arráncame el corazon!

- ELENA. ¡Dios del cielo! ¡Dios clemente!  
¡No ves que me vuelvo loca!
- ALF. Eso lo dice tu boca,  
mas tu pecho no lo siente.
- ELENA. Mi padre le ordena impío;  
y aunque la pena me mata...
- ALF. Y por tu cariño, ingrata,  
¿qué hice yo del padre mio?
- ELENA. Bien comprendo tu dolor,  
que es dolor que estoy sintiendo,  
pero lo que no comprendo  
es, Alfredo, tu rigor.  
¡Dios mío! ¿qué debo hacer?  
¡Sólo acierto á suplicar!  
mis ojos saben llorar  
y mi corazón querer;  
pero resistir no puedo  
al ruego del pobre anciano.
- ALF. Mi padre me rogó en vano.
- ELENA. ¡Basta, cruel!
- ALF. ¡Elena!
- ELENA. ¡Alfredo!...
- ¿Por qué me llamas traidora?  
¿por qué me llamas perjura?  
¿por qué olvidas la ternura  
de la que tanto te adora?  
Si yo la causa no fuí  
de tu mal, ni de tu llanto,  
de nuestro mútuo quebranto  
¿por qué me culpas á mí?
- ALF. Ni sé si culpe á mi suerte,  
ni sé si deba culparte:  
sé que intentas alejarte,  
sé que no quiero perderte;  
y en esta lucha, á mi ver,  
distinto es nuestro dolor:  
yo sufro por el amor,  
tú sufres por el deber.  
De virtud tienes la palma:  
yo soy un pobre demente,  
pero un demente que siente  
inmenso amor en el alma.

- Y bien claro aquí se vé  
que perjura me engañaste;  
que nunca, Elena, me amaste  
con el amor que te amé.
- ELENA. ¡No dudes, no, por piedad,  
que tu duda me enloquece,  
y siento que se estremece,  
vencida la voluntad.
- ALF. Un desengaño profundo  
de dolor mi pecho llena:  
¡sólo tu cariño, Elena,  
me queda ya en este mundo!
- ELENA. Calla... Yo debo partir...  
mi padre desventurado...
- ALF. Vete... ¡Solo, abandonado...  
quedo bien para morir!

## ESCENA VI.

ELENA, ALFREDO, DOÑA TERESA, D. JUAN.

Los dos últimos salen por la izquierda, y se aproximan lentamente á Elena y á Alfredo, sin que estos lo noten.

- ELENA. ¡Jesús!
- ALF. Tu virtud acato;  
á tu conciencia severa,  
que yo viva ó que yo muera,  
¡qué le importa?
- ELENA. ¡Calla, ingrato!  
¡No más, Alfredo, no más!  
Habla, te obedeceré...
- ALF. ¡Mi esposa! (Atrayéndola á sí.)
- ELENA. Pues bien, seré  
tu esposa!...
- ALF. ¡Elena!...
- JUAN. (Separándolos.) Jamás. (Pausa.)
- TER. La voz de un padre es sagrada.  
¡Valor y resignacion!
- ALF. ¡Madre, madre... mi razon  
se enloquece!
- ELENA. (Suplicándola.) ¡Madre amada!

- ALF. ;Y la matas de ese modo! (Á D. Juan.)  
JUAN. Será lo que deba ser.  
ALF. Su ventura...  
TER. Su deber,  
Alfredo, es ántes que todo. (Pausa.)  
(Elena se arroja en los brazos de Doña Teresa.)  
En mí tu frente reclina. (Á Elena.)  
ELENA. (Al oído de Doña Teresa.)  
(¡Sin él no puedo vivir!)  
ALF. Imposible resistir (Con profunda desesperacion.)  
la pasión que me domina!  
TER. Es libre la humana grey,  
y al que tiene libertad  
nunca la fatalidad  
se impone, Alfredo, por ley.  
Esto me dijiste...  
ALF. ;Madre!  
TER. (Ap. á Alfredo con voz severa y triste.)  
Cuando con terca insistencia  
lanzaste fiera sentencia  
sobre tu mísero padre!  
Hasta el borde del abismo  
voluntad de hierro exiges  
en los demas, y transiges  
con tu cobarde egoismo!  
;Y te atreves á acusar,  
y no sabes resistir!  
;Tan débil para sufrir,  
tan fuerte para juzgar!  
ELENA. ;Padre... padre... no me escuchas!  
ALF. ;Por ella! (Suplicando á D. Juan.)  
ELENA. ;No me oyes, padre?  
TER. ;Elena!...  
ELENA. ;Ayúdame, madre!  
JUAN. (Queriendo llevarse á Elena.)  
;Vamos... basta ya de luchas! (Pausa.)  
Hoy... tu amor... es imposible: (Á Alfredo.)  
entre Elena y tu pasión  
hay un crimen... y un borron...  
No soy, Alfredo, insensible...  
pero...  
TER. ;Por qué atormentarlos

- y dar pábulo á tu pena?  
JUAN. Tal vez te daré mi Elena...  
cuando... ¡no exista don Cárlos!  
TER. ¡Anciano, deliras! (Á D. Juan.)  
ELENA. ¡Padre!  
JUAN. Ven, Elena, espera el coche...  
¡Lo ves? ya cierra la noche.  
TER. ¡Elena!... (Tendiéndole los brazos.)  
ALF. ¡Imposible!  
ELENA. (Precipitándose en ellos.) ¡Madre!...  
TER. ¡Venid!... sobre el corazon  
(Abraza á Elena y Alfredo á la vez.)  
llorad, hijos de mi vida,  
esta horrible despedida,  
esta cruel separacion!  
ALF. ¡Elena! Elena!  
ELENA. (A Alfredo.) Sin tí,  
¿qué será de mi existencia!  
TER. ¡Confiad en la Providencia!  
ELENA. ¡Ya no hay dicha para mí!  
TER. La dicha no es el placer,  
no es la pasion desbordada:  
es el alma inmaculada;  
es cumplir con el deber.  
No hay dichas en este suelo  
sin una conciencia pura;  
no hay, Elena, más ventura  
que la que baja del cielo.  
Ya lo veis... á mí... el dolor  
me está... mordiendo... en el alma...  
sin embargo... tengo calma...  
estoy serena... El Señor  
me da fuerzas, y jamás...  
una lágrima... el quebranto  
de mi pecho..: ¡No: Dios santo,  
no puedo, no puedo más!  
(Sin poder contenerse rompe á llorar y los abraza  
de nuevo. Pausa.)  
JUAN. ¡Pobre mujer! Me traspasa  
el corazon su quebranto!  
¡Yo no resisto á su llanto  
si no salgo de esta casa!)

## ESCENA VII.

DOÑA TERESA, ELENA, ALFREDO, D. JUAN, D. CÁRLOS,  
D. RAMON. Estos dos últimos en la puerta de la derecha  
primer término.

CÁRLOS. Imposible es ya esperar  
por más tiempo.

RAMON. Pero escucha;  
Felipe no ha vuelto.

CÁRLOS. ¡Es mucha  
tu calma! Vas á tomar  
el coche, y á la estacion  
telegráfica.

RAMON. Ya cedo...  
sin embargo...

CÁRLOS. ¡Tengo miedo;  
sí, tengo miedo, Ramon! (Al oído.)  
Vete pronto.

RAMON. Mira allí...  
¡qué figuras tan sombrías!

CÁRLOS. Déjate de niñerías...  
corre... vuela... espero aquí.  
(Sale Ramon por la puerta de las oficinas.)

## ESCENA VIII.

DICHOS, ménos RAMON.

Doña Teresa, Elena, Alfredo y D. Juan, siempre en primer  
término. D. Carlos, en la puerta de su despacho, medio  
oculto por los cortinajes.

CÁRLOS. (Ap.) ¡Una romántica escena!

JUAN. Cuando tu padre no exista,  
hácia mí vuelve la vista...  
y será tuya mi Elena.

(D. Carlos hace un movimiento, pero se deliene y  
ahoga una terrible exclamacion.)

¡Ven, hija!

TER. ¡Mi pecho estalla!

ELENA. ¡Madre!

TER. (Abrazándola.) ¡Elena!  
(Abrazando á su hijo.) Sí, los dos...  
¡Por última vez!

ELENA. ¡Adios!

## ESCENA XI.

DOÑA TERESA, ALFREDO, D. CÁRLOS.

Elena se arranca de los brazos de Doña Teresa y sale con su padre por el fondo. Alfredo se precipita tras ella; su madre le contiene. D. Carlos siempre observando desde la puerta de su despacho.

ALF. ¡¡Hasta que mi padre!!...

TER. ¡¡Calla!!

ALF. ¡Es mi pensamiento fuego!

TER. (Con acento y ademán trágicos.)  
¡Si no consigues ahogarlo,  
mátate para matarlo!  
¡¡Yo, tu madre... te lo ruego!!  
(Alfredo cae de rodillas á los piés de Doña Teresa y oculta el rostro entre las manos. Detrás de Alfredo, contemplándole, de pié y con los brazos cruzadss sobre el pecho, D. Carlos. Pausa. Doña Teresa levanta la vista, ve á su esposo y da un grito.)

TER. ¡Carlos!

ALF. ¡Padre!  
(Vuelve la cabeza sin levantarse.)

CARLOS. (Á Alfredo.) ¡Yo te oí!

TER. ¡Per el ángel de mi guarda!  
(Alfredo intenta levantarse. D. Carlos le pone una mano en el hombro y le obliga á continuar de rodillas.)

CARLOS. (Con ira reconcentrada.)  
¡No te levantes!... ¡aguarda!  
¡de rodillas!... ¡sigue así!  
que está muy puesto en razon  
si has de contar de mi vida  
los instantes...—¡parricida,  
parricida de intencion!—

que los cuentos de tal suerte  
y en tan humilde postura,  
que al llegar por mi ventura  
el momento de mi muerte,  
de tanto esperarla así,  
esté ya cansado y frío  
ese cuerpo que fué mio (Con voz terrible.)  
y en hora infame te dí!

ALF. (Humillándose aún más.)

¡Perdon!

(Pausa. Doña Teresa en ademán suplicante ante D. Carlos.)

CÁRLOS. En vano me imploras...

Porque ya estás perdonado.

(Hace un esfuerzo terrible para recobrar su calma: se domina al fin y dice con forzada sonrisa y acento glacial los dos últimos versos. Después se separa de su hijo y va al balcón.)

ALF. ¡Padre!... (Con voz ahogada y siguiéndole.)

TER. ¡Carlos!...

(D. Carlos se separa del balcón: Doña Teresa y Alfredo se acercan á D. Carlos.)

(Mirándole de cerca.) ¡Carlos!... ¡lloras!

CÁRLOS. ¡Lágrimas!... (Llevándose la mano á la cara.)

¡fuera mancilla!

¡No estais viendo que diluvia!

¡Gotas tal vez de esa lluvia

saltaron á mi mejilla!

Pero si lágrimas son,

si es llanto lo que he vertido,

creed que el único ha sido

que había en mi corazón.

TER. ¡Por qué en negarlo te afanas!

CÁRLOS. Bien... pues basta... no discuto:

preciso es pagar tributo

á las flaquezas humanas.

(Alfredo se acerca á D. Carlos con los brazos abiertos: D. Carlos retrocede y le señala la puerta.)

Sal de mi casa.

ALF. ¡Por Dios!

CÁRLOS. Nunca más te vuelva á ver...

(Doña Teresa se aproxima en ademán suplicante.)

No es castigo, es que ha de ser,

(Con disgusto y cansancio.)

porque conviene á los dos.

(Á Alfredo con voz fría y pausada.)

Si de mi casa las puertas

se cerraron para tí,

en cambio tienes allí

las de mis arcas abiertas.

Ya ves que no es ruín venganza.

(Movimiento de Doña Teresa y de Alfredo, que D. Carlos contiene con un ademan altivo y cortés.)

Permite, Alfredo, que insista.

No quiero... no... que consista

en mi muerte tu esperanza.

ALF. ¡Padre del alma, perdon!

(D. Carlos le rechaza suavemente.)

TER. ¡Carlos... mi Carlos... piedad!

CÁRLOS. (Como hablando consigo mismo.)

Es una debilidad...

es una preocupacion.

ALF. ¡Padre!...

CÁRLOS. Un poco de paciencia,  
y dejadme concluir.

¿Te quieres á Elena unir?

yo te concedo licencia.

ALF. ¡Tu mano! (D. Carlos la retira.)

CÁRLOS. Escúchame atento.

ALF. ¡Tu pecho!

CÁRLOS. (Rechazándole.) Inútil afan.

Busca á ese loco de Juan:

pide su consentimiento:

explícale que es impía

su resolucion, y al cabo

como es bueno, y no le alabo,

le vencerá tu porfia.

ALF. ¡No sé qué decir! ¡Ay Dios!

CÁRLOS. Inútil; no digas nada.

Y tú, mujer desdichada,

escoge uno entre los dos.

ALF. ¡Compasion!

CÁRLOS. No puede ser.

TER. Eres, Carlos, implacable.

- CÁRLOS. Es mandato irrevocable.  
Tú partir. (Á Alfredo.)  
Y tú escoger. (Á Doña Teresa.)  
(Doña Teresa está colocada entre D. Carlos y Alfredo, yendo alternativamente de uno á otro.)
- TER. (Ap. á Alfredo.)  
(Me espanta su calma fiera:  
abandonarle no puedo.  
Juré en el altar, Alfredo,  
ser su eterna compañera!)
- ALF. ¡Si le prefieres á mí  
y cumpliendo tu deber!...)
- TER. (Con desesperacion.)  
(¡Qué daño te pude hacer  
para atormentarme así!)
- ALF. (¡Quiero que me sigas, madre;  
secar tus lágrimas tristes!  
¿Por qué llorosa resistes  
á mi súplica?)
- TER. (¡Y tu padre!)
- ALF. (¡Llevas de mártir corona;  
el dolor en tí se ceba!)
- TER. (¡Abandona una manceba;  
una esposa no abandona!)
- (Alfredo inclina la cabeza dominado por las palabras de su madre.)  
(¿Quién velará por él, quién?) (Á D. Carlos.)
- CÁRLOS. Idos los dos: nada exijo.
- TER. ¡Él es tu padre! (Á Alfredo.)  
Es mi hijo. (Á D. Carlos.)
- CÁRLOS. Solo y en paz quedo bien.
- ALF. ¡Adios, madre!
- TER. ¡Mi consuelo!...  
¡hijo!
- ALF. ¡Madre!... ya vencí!
- TER. ¡Es imposible!... ¡ay de mí!
- ALF. ¡Para siempre!...  
(Intenta Alfredo alejarse: Doña Teresa le detiene.)
- TER. ¡Dios del cielo!  
¡Escoger entre los dos!
- ALF. ¡Y tú me abandonas, madre!
- TER. ¡Hijo del alma!

ALF. Adios, padre...  
(Se acerca á D. Cárlos; éste le rechaza.)  
CÁRLOS. Vete.  
TER. ¡Alfredo! (Abrazando á su hijo.)  
ALF. ¡Padre!  
CÁRLOS. ¡Adios!  
(Salen Alfredo y Doña Teresa por el fondo.)

## ESCENA X.

CÁRLOS.

Es ya de noche, y sólo hay una débil claridad cerca del bal-  
con: de cuando en cuando se oye el viento y luce un re-  
lámpago.

Le seguirá ¿quién lo duda?  
Me desprecia y él la llama,  
y amor maternal la inflama...  
era la prueba muy ruda.  
¿Quién vacila en escoger  
si persuade la pasión?  
¿Desde cuándo el corazón  
no corre tras el placer?  
¿Qué piedras no rodarán?  
¿Qué materia no gravita?  
¿Qué hierro no precipita  
su centro sobre el iman?  
(Pausa. Se deja caer abatido en la butaca que es-  
tá junto á la mesa.)  
Voy á morir de tedio...  
¿La costumbre de vivir  
juntos!... ¿Cómo resistir  
la soledad?... No hay remedio. (Pausa.)  
Qué fatigosa inquietud...  
¿Por ellos?... ¿Cosa más rara!  
¿Y Teresa!... ¿Quién pensará?  
¿Y Alfredo!... ¿Qué ingratitud!  
¿Ay! cuán grande desaliento!  
Avanza la oscuridad,  
y sopla la tempestad  
desencadenado el viento. (Pausa.)

¡Qué tristeza!... ¡Tengo frío!  
Y ¡cómo tarda Ramon!  
¡Se me oprime el corazón!...  
¡Siento anulador vacío! (Pausa.)  
¡Será miedo!... ¡Es singular!  
¡Allá entre las nubes arde  
el relámpago!... ¡Cobarde...  
pienso que voy á llorar!  
¡Alfredo!... ¡Yo le quería,  
y me abandona el ingrato!  
(Coge un álbum de la mesa y busca con afan.)  
Sí, debe estar... ¡su retrato!  
(Brilla un relámpago.)  
¡Cómo se me parecía! (Id.)  
(Contempla con cariño el retrato de su hijo: mira á  
su alrededor: lo acerca á sus labios: lo aleja arre-  
pentido: al fin lo besa apasionadamente.)

## ESCENA XI.

D. CÁRLOS, D. RAMON; los tres BANQUEROS. Los cuatro últimos entran precipitadamente. D. Ramon trae un telégrama en la mano. D. Cárlos, al oír las primeras palabras, se levanta con violencia, dejando caer el álbum. La escena siempre á oscuras.

BANQ. 2.º ¡Triunfamos!

RAMON. ¡Cárlos, victoria!

CÁRLOS. ¡Habla pronto!

RAMON. ¡Vencedor

eres ya!

BANQ. 3.º ¡Salud y honor!

BANQ. 1.º ¡Qué negocio!

BANQ. 2.º ¡Cuánta gloria!

(Todos abrazan entusiasmados á D. Cárlos.)

CÁRLOS. (Á D. Ramon.)

Despacio, no te atolondres...

BANQ. 2.º (Cogiéndole la mano.)

Esta enhorabuena franca...

BANQ. 3.º ¡Salud al rey de la banca!

RAMON. (Mostrándole el telégrama en alto.)

¡Puedes girar sobre Lóndres!

(D. Carlos le arrebató el telegrama y lo lee con afán mientras hablan los Banqueros entre sí.)

BANQ. 2.º ¡Señores, qué sangre fría!

BANQ. 3.º Y ¡qué tacto!

BANQ. 4.º Y ¡qué valor!

BANQ. 3.º ¡Es un hombre superior!

BANQ. 2.º Es el gran hombre del día.

TODOS. ¡Admirable!

CÁRLOS. Sin jactancia:

era infalible mi plan.

BANQ. 3.º ¡Es mucho hombre!

BANQ. 2.º Ganas dan  
de abrazarle.

BANQ. 3.º ¡Qué ganancia!

CÁRLOS. Esta misma noche, sí,  
veré al ministro de Hacienda.

Toma. (Dando el telegrama á Ramon.)

Anúnciame, y entienda  
que cumplo lo que ofrecí.

BANQ. 3.º ¡Y la envidia torpe y vana  
creyó al coloso vencer!

BANQ. 2.º Nos esperan: á más ver.

BANQ. 3.º ¡Ay de la Bolsa mañana!

BANQ. 4.º ¡Que gran noticia llevamos!

BANQ. 2.º ¡Respeto y admiracion  
al genio! (Inclinándose ante D. Carlos.)

(Todos se despiden calurosamente.)

CÁRLOS. Por compasion...

(Con afectada modestia. D. Ramon se vuelve al  
marchar y abraza á D. Carlos.)

¡Triunfamos, Ramon, triunfamos!

(Salen todos menos D. Carlos.)

## ESCENA XII.

D. CÁRLOS, en pie y en actitud arrogante: la escena á oscuras: el relámpago ilumina fuertemente á D. Carlos al final de cada décima bañando su rostro de luz cárdena.

Me quedé al fin sin familia;  
¿qué importa? más libertad.  
Ya me cansaba en verdad

tanta irresistible homilia:  
en el sueño, en la vigilia,  
siempre en mí los ojos fijos,  
siempre disgustos prolijos,  
¡siempre un eco acusador!  
¡Fortuna, tú eres mi amor!  
¡tú me darás otros hijos! (Pausa )  
¡Brille el sol, mi triunfo alumbre!  
¡mi espíritu se reanima!  
Ya toco la ansiada cima;  
del poder llego á la cumbre:  
¡ya sobre mí no hay techumbre!  
¡crezco, y crezco colosal,  
y miro por ley fatal  
á mis piés el mundo entero,  
que es el moderno banquero,  
el nuevo señor feudal! (Nueva pausa.)  
Legítimo señorío  
en el trabajo fundado.  
La edad media ha terminado:  
yo soy el viejo judío,  
y en mi nuevo poderío,  
—si me hicieron vestir hopa,—  
su púrpura ¡régia ropa!  
postrados ante mis arcas  
han de empolvar los monarcas  
de nuestra moderna Europa.  
(De nuevo se detiene gozándose en su triunfo.)  
En mi pensamiento ardiente  
inmensa ambicion se encierra;  
es mi pedestal la tierra;  
toca en las nubes mi frente;  
y en vano rayo candente  
ilumina el negro cielo;  
en vano descende al suelo  
y golpe de muerte amaga;  
en mí su fuego se apaga,  
¡que soy gigante de hielo!  
(Rie con risa satánica.)  
Quiero vivir y gozar  
babilónicos placeres;  
quiero divinas mujeres;

quiero soberbio eclipsar  
las glorias de Baltasar,  
y moderno semi-dios,  
siempre de placer en pos  
volar por el ancho mundo.  
¡La muerte es sueño profundo;  
el oro el único Dios!

(El relámpago le ilumina fuertemente. En el pensamiento del autor aquí se trueca el personaje real en el símbolo del materialismo triunfante.)

### ESCENA XIII.

D. CÁRLOS, DOÑA TERESA.

Esta última entra pálida, trastornada, vacilante: se apoya en el quicio de la puerta, algunos momentos despues avanza sosteniéndose en los muebles para no caer.

CÁRLOS. ¡Teresa! (Sale á su encuentro y la sostiene.)  
¡Y Alfredo!... ¡dí!

TER. Ha partido.

CÁRLOS. ¡Y no te vas!

TER. ¡Ya no le veré jamás!

CÁRLOS. ¡Y le abandonas por mí?  
Responde, Teresa.

TER. Sí.

CÁRLOS. ¡Pero no comprendo yo!...

TER. ¡Con qué angustia me besó!

CÁRLOS. ¡Acaso, pobre mujer,  
tan sólo por el deber...

TER. ¡Hijo del alma!... partió!

CÁRLOS. Mira, Teresa, es locura,  
y es bien extraña demencia,  
que á escrúpulos de conciencia  
sacrifiques tu ventura!  
¡Te abrasa la calentura!

(Cogiéndole la mano con afan.)

TER. ¡Toma este papel funesto! (Le da una carta )  
Alfredo al partir...

CÁRLOS. ¡Qué es esto?  
No alcanzo á ver... falta luz...

(Se acerca al balcon y brilla un relámpago.)

¡Por el Cristo de la cruz!

¡Al fin la carta de Ernesto! (Pausa.)

¡Olvidada la tenía!

Y de tan antigua historia

¿quién conserva la memoria?

Pudo interesarme un dia, (Con frialdad.)

y es curioso todavía

conocer su pensamiento

en aquel triste momento.

«Padre del alma...» (Leyendo.)

(El viento le arrebató el papel de entre las manos

y desaparece por el balcon.)

¡Qué diablo!...

¡lo arrancó como un venablo

una ráfaga de viento! (Pausa.)

Oscura la noche llega: (Mirando por el balcon.)

negras nubes amontona,

y en tinieblas aprisiona

la luz que á los ojos niega.

Por la oscuridad ya ciega

mi vista no puede ver

dónde el viento á su placer

la carta lleva...

TER.

¡Dios santo!

prenda de sangre y de llanto,

¿dónde irá?

CÁRLOS.

(Encogiéndose de hombros y riendo.)

¡Pobre mujer!

TER.

En ese papel funesto,

que envuelto en oscura nube

cual presagio fatal sube

al inmortal firmamento,

yo tu destino presiento,

y con sangre en lo infinito!

miro ya tu nombre escrito

¡La impunidad no te halague!

¡no hay deuda que no se pague,

y pagarás tu delito!

Como brazos colosales

del papel se apoderaron

nubes que luégo cruzaron.

entre roncós vendavales  
las regiones celestiales.  
Rojo el rayo en ellas brilla,  
¡dobla, Cárlos la rodilla,  
y el torpe espíritu eleva!  
¡la tempestad se lo lleva  
á tu Dios... y eres arcilla!

(D. Cárlos en pié: arrodillada ante él Doña Teresa, cogiéndole las manos.)

CÁRLOS. (La levanta y la atrae á sí: la lleva al centro y la habla con expresion de cariño, despues de contemplarla algunos instantes.)

¡Único sér en la tierra  
en quien hallé abnegacion!  
¡Angelical corazon  
que en esta tremenda guerra  
jamás vacila ni yerra!  
No sacrifiques tu vida  
por mí, ¡madre dolorida!...

Vete... (Rechazándola dulcemente.)

Mas si oyes que muero,

(Atrayéndola con arranque de cariño.)

¡ven, Teresa, llevar quiero  
tu beso de despedida!

FIN DEL DRAMA.

**EPÍLOGO.**

PERSONAJES.

---

ACTORES.

---

DOÑA TERESA.....	SRA. DIEZ.
DON CÁRLOS.....	SR. VICO.
ELENA.....	SRTA. MENDOZA TENORIO.
ALFREDO.....	SR. CALVO.
DON JUAN.....	» CEPILLO.
DON RAMON.....	» ROMEA (D. F.)
UN NIÑO.....	» BUENO.
UN CRIADO.....	» MOLL.

---

Han transcurrido ocho años desde el momento en que  
terminó el drama.

---

## EPILOGO.

---

La escena representa el salon lujoso pero grande, oscuro y sombrío de una quinta situada á la orilla del mar. En el fondo una puerta. Á la derecha del espectador un gran balcon. Á la izquierda, una puerta que conduce al dormitorio de D. Cárlos.

Á la derecha, y cerca del balcon, una mesa, y sobre ella papeles y un servicio para beber con copa de oro. Al lado de la mesa, una gran butaca de alto respaldo. Á la izquierda, otra butaca, ó un sofá, tambien de respaldo alto. Todos los muebles de color oscuro, así como los cortinajes.)

### ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS.

Ya viejo, enfermo, envuelto en una bata, con el cuerpo doblado hácia la izquierda y el oido atento como para oir ruidos que vengan del interior.

Ya no se oyen sus gemidos:  
ya cesaron sus lamentos.  
Esa mujer ¿quién será?  
En vano de mis recuerdos  
las tristes cenizas frias  
voy con afan revolviendo.

Aquella frente fué tersa;  
aquellos labios rieron;  
pero debe haber pasado  
desde entónces mucho tiempo!

¡Otra vez! (Aplicando el oído.)

No: son sin duda

del mar los lejanos ecos,  
ó de la playa el oleaje,  
ó los silbidos del viento:  
Sin embargo... es voz humana...

(Escuchando con atencion.)

¡Es un grito lastimero!

Me acercaré...

(Se levanta con gran trabajo y marcha hácia la  
puerta, deteniéndose á cada instante.)

¡Vive Dios!

Quiero marchar... y no puedo...

Siempre... siempre esta fatiga.

Y me aseguraba el médico

que el aire puro del mar,

el reposo y el silencio

nuevas fuerzas me darían,

y nuevo temple á mis nervios.

¡Acertó mi buen doctor!

¡Acertó, viven los cielos!

La voluntad ¡de qué sirve,

si no la obedece el cuerpo?

(Llega aunque con dificultad á la puerta del fondo,  
y apoyándose en el quicio aplica el oído con afán.)

¡Al fin!... Fué ilusion: ya nada

se escucha. Nada. Me alegro:

los gritos de esa infeliz

me erizaban el cabello

sin saber por qué. Y es terca:

que está demente yo pienso.

¡Ese afán en perseguirme,

y sin saber con qué objeto!...

Otro ensayo.

(Procurando volver, pero sin conseguir moverse.)

Volveré

solo á mi sillón... si puedo.

¡Es para darse al demonio

la impotencia en que me veo!

¡Ramon!... ¡Ramon!

(Agita la campanilla con furor.)

¡Vamos!... ¡Pronto!

¡Esto no es vida; es infierno!

## ESCENA II.

D. CÁRLOS, D. RAMON por el fondo.

- CÁRLOS. ¡Gracias á Dios que viniste!  
¡me parece que era tiempo!  
¡Hace ya veinte minutos  
que eché la campana á vuelo!  
No pude solo volver...  
(D. Ramon le sostiene y lentamente vuelve á la  
butaca.)
- RAMON. Y ¡á qué levantarte? Terco  
eres por demas.
- CÁRLOS. Creí  
de esa mujer los lamentos  
escuchar.  
(Mirándole con aire de temerosa pregunta.)
- RAMON. Pues ilusion  
fué sin duda... porque ha muerto.
- CÁRLOS. Esa infeliz pordiosera...  
¿Dices que...
- RAMON. Sí.
- CÁRLOS. ¿Qué remedio? (Pausa.)  
Que la recojan.... yo pago  
los gastos... misa... y entierro.
- RAMON. Órdenes he dado ya,  
y queda todo dispuesto.  
¿Ves una ventana abierta?  
(Señalando por el balcon.)  
Pues en aquel aposento  
de esa pobre vagabunda  
depositarán el cuerpo.
- CÁRLOS. ¿Estaba loca?
- RAMON. No sé.
- CÁRLOS. Ese su tenaz empeño  
en seguirme y acusarme

- de su desgracia...
- RAMON. Yo creo  
que la víctima ha de ser  
de algun olvidado y viejo  
amorío.
- CÁRLOS. ¡Tuve tantos!  
que la verdad, no me acuerdo.  
¿Y no se sabe su nombre?
- RAMON. Este medallon al cuello  
se la encontró. (Dándole un medallon.)
- CÁRLOS. Dame... espera...  
(Lo toma; lo mira con atencion; se pasa la mano  
por la frente y se agita en su butaca.)  
¡Memorias, acudid presto!...  
¡Ella!  
(Dando un grito y levantándose en el sillón para  
caer sin fuerzas.)
- RAMON. ¿La conoces?
- CÁRLOS. ¡Sí!  
se agolpan á mi cerebro  
tales ideas...  
(Pausa. Le coge á D. Ramon por un brazo, y le  
trae á sí hablándole en voz baja.)  
¿Te acuerdas  
de cierto collar funesto?  
¡Basta!
- RAMON. ¿Sabes para quién  
joya de tan alto precio  
te mandé comprar?
- RAMON. ¡María!
- CÁRLOS. ¡Allí duerme en paz! Silencio.  
(Extendiendo el brazo hácia el balcon. Pausa.)  
¡Al fin cedió su virtud!...  
¡Huyó de mi lado luégo!...  
La perdí en el torbellino  
de la vida... y hoy la encuentro!  
Era niña: la arrojé  
del vicio al piélago inmenso,  
y á la playa me devuelven  
las olas su helado cuerpo.  
¡Ay, si se empeña ese mar  
hoy en revolver sus senos

y en ir echando á la orilla  
cuanto fui lanzando en ellos!

RAMON. ¡Cárlos!

CÁRLOS. ¡Basta! ¡Basta! ya!...

¡Lo ves?... ¡Se crispan mis nervios!...

¡Y la fatiga me ahoga!...

¡Y ráfagas mil de fuego

van pasando ante mi vista

cual relámpagos siniestros!

Yo estoy malo... ¿No es verdad?

RAMON. Que estás loco es lo que veo:

necesitas distraccion,

cariño... Dí, ¿no podemos

llamar á Teresa!

CÁRLOS. (Alarmado:) ¡Cómo!

RAMON. Tambien á Elena y á Alfredo...

CÁRLOS. (Incorporándose con horrible angustia, y cogiendo  
con ansia á D. Ramon por un brazo.)

¿Con que ya voy á morir?

RAMON. ¡Qué disparate!

CÁRLOS. ¡Comprendo

la intencion! responde pronto...

ese extraño pensamiento,

¿el doctor te lo inspiró?

Habla... mírame...

RAMON. Volvemos

á los pasados delirios.

CÁRLOS. No es delirio; yo me muero;

tú mi amigo fuiste siempre.

¡Dí la verdad!... ¡sin rodeos!

Ya lo ves... estoy tranquilo...

(Procurando sonreír.)

RAMON. ¡Qué aprensivo! ¡Cuánto miedo!

Pues si esto dices ahora,

¿qué dirás llegando á viejo?

CÁRLOS. ¿No es de peligro mi mal?

RAMON. Ese mal, aunque molesto,

pasará. No hay que dudarle.

CÁRLOS. Cabal: eso mismo pienso.

RAMON. Con que Teresa... y Elena...

CÁRLOS. No, Ramon; no quiero verlos.

Todos... todos... son felices:

¿no es verdad? pues bien, dejémoslos.

(Pausa.)

Mi hijo y Elena... por fin  
se casaron... buen provecho.

(Riendo con risa forzada.)

¡Teresa vive en la gloria!

Juan tiene un pequeño Ernesto:

¿qué más quieren?

Pero tú...

RAMON.

CÁRLOS. Yo me paso bien sin ellos.

(Pausa. D. Carlos queda pensativo.)

Y dime... mas ¿qué me importa?

(Arrepintiéndose.)

RAMON.

CÁRLOS.

¿Preguntabas algo?

Un resto

de curiosidad.

Pues dí.

RAMON.

CÁRLOS.

¿Para qué? (Afectando indiferencia.)

¿Y es muy travieso...

el chiquitin?...

(Separando su vista de la de Ramon.)

RAMON.

Segun dicen

es lo mismo que su abuelo...

CÁRLOS.

El de allá...

RAMON.

¿Su abuelo Carlos!...

(Pausa. D. Carlos queda sumido en sus pensamientos.)

Vamos... ¿no quisieras verlos?

Don Juan, Alfredo, Teresa,

Elena y el pequeño.

CÁRLOS.

Es mucha gente, Ramon:

yo necesito sosiego.

¡Una colonia de justos,

y al fin yo soy un protervo!

Yo envuelto en llamas de azufre,

y ellos entre humo de incienso.

Ahora déjame tranquilo...

más adelante... veremos.

RAMON.

(Ap.) (Inleliz... más adelante...

y contados sus momentos

están!)

CÁRLOS.

¿Qué murmuras?

RAMON. Nada.

Es el caso que si Alfredo  
se entera de que estás malo,  
toma el tren sin más rodeos,  
y una mañana á las puertas  
de la quinta...

CÁRLOS. Pues volvemos

á Madrid. He de cumplir  
hasta el fin mis juramentos.  
Á Teresa... es diferente;  
á los demas no he de verlos.  
Mi carácter no se dobla;  
mi voluntad es de hierro.

RAMON. Bueno, Carlos, no te agites.

CÁRLOS. Yo necesito mi tiempo  
para un trabajo importante,  
no para escuchar á necios.  
Mira... mira... ya está oscuro.  
Es muy triste este aposento.  
Las sombras, de mi fatiga  
doblan el horrible peso.

RAMON. (En tono de broma.)

Vaya, señor valenton,  
las sombras le infunden miedo.

CÁRLOS. ¡Qué dices? ¡Voto á Luzbel!  
¡Yo temblar! ¡Yo jamás tiemblo!  
Mi corazon no vacila,  
y está fuerte mi cerebro.  
Debilidad pasajera,  
esto es no más lo que tengo.

RAMON. No te enojés... No hay motivo...  
(Toca un timbre y aparece un Criado.)

### ESCENA III.

D. CÁRLOS, D. RAMON, un CRIADO.

CRIADO. (Ap. á D. Ramon.)

Doña Teresa...

RAMON. (Ap. al Criado.) (Silencio.)

CRIADO. Y el señorito, deseaban  
hablar á usted.)

RAMON. (En voz alta.) Luces.  
(Ap. al Criado.) (Bueno:  
iré al instante.)

(El Criado sale y vuelve un momento despues con un candelabro de cuatro bujías, pero sólo con dos de ellas encendidas.)

CRIADO. Aquí están.

RAMON. Retírate.) (Sale el Criado.)

## ESCENA IV.

D. CÁRLOS, D. RAMON.

CÁRLOS. Te prevengo  
que harto estoy de que me traten  
como á niño ó como á viejo.

RAMON. Pues mira, en lo caprichoso  
y en lo de gastar mal genio,  
no hay nadie que te supere,  
y tienes muy pocos émulos  
en las huestes infantiles  
ó en las de blanco cabello.

CÁRLOS. Y ¿cuáles son mis caprichos?

RAMON. Cuáles no son saber quiero.

CÁRLOS. Eso es hablar por hablar.

RAMON. Dime, Cárlas, por ejemplo:  
¿por qué cuando te retiras  
cierras tu cuarto por dentro,  
sin consentir que ninguno  
vele cerca de tu lecho?

CÁRLOS. (Señalando la puerta de la izquierda.)  
Podeis en esa antesala  
velar todos.

RAMON. Ya lo hacemos.

CÁRLOS. Y junto á mi puerta estar  
vigilantes y oido atento,  
pero en mi alcoba imposible.

RAMON. ¿Por qué?

CÁRLOS. ¿Por qué? Porque temo...

RAMON. ¿Qué temes?

CÁRLOS. Nada.

RAMON. Pues bien...



CÁRLOS. ¡Otra vez me hablas de cosas  
que exaltan mis pobres nervios!  
¡Calla... calla... que me abraso!  
¡Agua... pronto!  
(Coge la copa de oro y bebe al principio con an-  
sia. Despues la retira con disgusto de sus labios y  
la deja sobre la mesa.)

Nunca bebo  
á gusto en la copa de oro,  
y hay en servírmela empeño.  
¡Agua clara... en un cristal  
blanco... trasparente... fresco,  
agua que brote en la fuente!  
¡Esto pido... y esto quiero:  
y en contrariarme se gozan!...  
¡Pues no ha de ser, vive el cielo!  
(Da, en un acceso de insensato furor, un puñetazo  
sobre la copa de oro, y la derriba sobre la mesa.)

RAMON. ¡Qué furor es este, Carlos? (Conteniéndole.)  
¡Qué delirio!

(Le coge la mano y la mira á la luz con afan.)

¿Lo estás viendo?  
tan terrible el golpe fué,  
que largo surco sangriento  
sobre la mano trazaste  
al chocar la copa ciego,  
(Recogiendo la copa sobre la mesa.)  
y cual filete rojizo  
de sangre el borde está lleno.  
¿Es esto propio de un hombre  
de tus años y tu seso?

(D. Carlos le mira avergonzado y con la timidez  
casi infantil de los ancianos.)

CÁRLOS. Es verdad, tienes razon.  
Pero estoy febril, inquieto...  
Hicimos mal en venir  
á esta quinta. Nos volvemos  
mañana mismo. Me cansa  
y me fatiga ese inmenso  
horizonte de la mar  
cuyo término no veo:  
¡á mí me gusta abarcarlo

todo con el pensamiento!  
Es diabólica invencion  
la de ese imbécil de médico:  
haberme enviado á morir  
frente á frente al elemento  
que es imágen en la tierra  
de lo infinito y lo eterno.  
¡Quieren convertirme... ya... (Con ironía.)  
debe andar Teresa en ello!  
Ahora me voy á mi cuarto.  
Ayúdame...

(Se levanta ayudándole Ramon, y da algunos pasos.)

Pues me siento  
más fuerte. Tú los papeles  
has de llevar.

(Le da á D. Ramon los papeles que hay sobre la mesa.)

No los dejo,  
que pueden robarlos.

## ESCENA V.

D. CÁRLOS, D. RAMON, DOÑA TERESA, ALFREDO.

D. Cárlos marcha lentamente sostenido por D. Ramon.  
Doña Teresa y Alfredo aparecen por el fondo, y en él  
se detienen.

ALF. (¡Madre!  
¡Él es!... ¡Dios mio!)

RAMON. (¡Son ellos!)

TER. (Despues... ¡Pobre Cárlos!)

CÁRLOS. Mira...  
Déjame... yo solo... creo  
que estoy mejor. Ya lo dije:  
eran tan sólo los nervios;  
mas vence la voluntad,  
y es mi voluntad de hierro.  
(Sale con Ramon por la izquierda.)

## ESCENA VI.

DOÑA TERESA, ALFREDO.

ALF. ¡Pobre padre!... ¡padre mio!  
¡No es posible... tú morir!

TER. Silencio, nos puede oír.

ALF. Este salón es sombrío,  
sombrio como el no ser,  
como el fondo de una tumba:  
oye madre, cual retumba  
de las olas el romper.

(Acercándose al balcon. Doña Teresa le sigue.)

Allá arriba el firmamento  
sus mil luceros mostrando,  
y nubes que van cruzando  
arrastradas por el viento.

Al fondo la mar serena  
envuelta en manto de bruma:  
sobre la playa la espuma,  
después de la espuma, arena.

Y más cerca un resplandor  
en una abierta ventana...  
en tierra una forma humana...  
blandones alrededor.

Luz que entre las sombras arde  
y alumbra por vez postrera  
á la infeliz pordiosera  
que murió esta misma tarde.

(Viniendo al centro con Doña Teresa.)

No puede quedar aquí.

TER. No, mañana le abrazamos...

ALF. Y todos á Madrid vamos:

¿no es verdad que todos?

TER.

Sí.

ESCENA VII.

DOÑA TERESA, ALFREDO, RAMON.

Este último por la izquierda.

ALF. Calma nuestra incertidumbre.  
¿cómo está?

RAMON. Yo no lo sé.

ALF. Le dejaste...

RAMON. Le dejé,  
y cerró segun costumbre.

TER. Es preciso que mañana  
nos vea.

ALF. Primero á mí.

TER. Alfredo...

ALF. Yo le ofendí.

Si está su muerte cercana  
quiero obtener su perdon,  
quiero sus manos besar,  
quiero una vez estrechar  
contra mí su corazon.  
Despues Elena y el niño...  
mi Ernesto... ¡Que el pobre muera  
rodeado de esta manera  
de lágrimas y cariño!...

RAMON. (Pensativo y como hablando consigo mismo.)

Tambien á Juan ha de ver.

TER. ¿No temes que la emocion?...

RAMON. Es fuerte su corazon,  
y el pobre Juan viene á ser  
otro niño. Denso velo  
cubre á su edad lo pasado,  
y hoy no tiene más cuidado  
que dormir al pequeñuelo.

ALF. ¿Y cuándo?...

RAMON. Procuraré  
que al fin consienta.

TER. Idos.

ALF. Madre... }

hay que velar á mi padre.

- TER. Pues bien, yo le velaré.  
ALF. Los dos...  
TER. No: te aguarda Elena.  
ALF. Déjame...  
TER. Yo te lo ruego.  
RAMON. Más tarde... (Á Alfredo.)  
ALF. Pues hasta luégo.  
TER. Adios...  
ALF. Y calma tu pena.  
(Dá la mano á su madre y sale con D. Ramon.)

## ESCENA VIII.

DOÑA TERESA.

Se sienta en la butaca ó sofá de la izquierda. La luz en la mesa de la derecha.

- TER. ¡Por qué, triste noche, dí,  
en tus horas silenciosas,  
como sombras vaporosas  
van deslizándose ante mí,  
memorias de lo que fué,  
tristezas de lo presente?  
¡por qué atormentais mi mente  
y mi corazón, por qué?  
Fantasmas de lo que ha sido,  
regaladas armonías,  
infantiles alegrías,  
pasad... os llama el olvido.  
Llanto que el párpado siente  
y después siente la tez,  
tristezas de la vejez,  
venid... os llama el presente. (Pausa.)  
Á mi pesar me domina  
el cansancio de este viaje...  
Siempre el ruido del oleaje...  
¡ay! mi cabeza se inclina! (Pausa.)  
(Principia á dormirse. Se oye aunque lejano el rumor del mar.)  
¡Yo fui joven!... ¡Yo fui bella!

¡Yo soñé con el amor!...  
¡Hay algo más que el dolor...  
¡Una nube... y una estrella!...  
(Señalando al balcon: despues deja caer la cabeza.  
Su voz se va apagando lentamente.)  
Mi pobre Ernesto... ¡Qué hermoso!  
Cárlos... yo te velaré...  
No temas... no dormiré...  
Sombras... sombras... y reposo.  
(Queda durmiendo.)

## ESCENA IX.

DOÑA TERESA continúa durmiendo. D. CÁRLOS sale por la izquierda ya moribundo y avanza hácia la derecha sin notar la presencia de TERESA, oculta por el respaldo del sillón.

CÁRLOS. ¡No puedo... no puedo más...  
qué inquietud... qué desconuelo...  
qué fatiga! ¡Dios del cielo!  
Noche! ¡cuándo acabarás?  
¡Ah, qué noches tan amargas!  
¡Cuán traidoras... cuán alevés!  
¡Si sois de placer, qué breves!  
¡si sois de dolor, qué largas!  
(Deteniéndose y con sobresalto.)  
¡Dejé cerrada la puerta?  
Sí, cerrada la dejé.  
(Sacando una llave, mirándola y volviéndola á guardar. Sigue avanzando.)  
Sueño... delirio... ¡qué fué?  
¡Corazon, pronto, despierta!  
(Llega á la butaca y se deja caer en ella.)  
¡Más luz... más luz!...  
(Enciende las otras dos bujías del candelabro y se abraza á él con ansia como si quisiera beber toda su luz.)  
¡Miedo acaso?  
¡Me espanta la oscuridad?  
¡De qué sirves, voluntad,  
que de vergüenza me abraso!  
Yo, que con audacia rara

supe vencer á la suerte,  
¿no he de mirar á la muerte  
sin temblar y cara á cara?

(Con satánica energía.)

¡El que siempre he sido soy;  
lo que siempre quise, quiero!  
¡Venid, sombras, que os espero...  
ó esperadme, que allá voy!

(Desafía con terrible acento á las sombras y apaga todas las luces. Pausa. Todo queda en profunda oscuridad.)

TER. (Con voz débil.)

¡Un grito!... ¡Cárlos tal vez!...

CÁRLOS. ¡Algo se agita allí enfrente!...

¡Brotó el sudor de mi frente...

brotó el sudor de mi tez!...

(Lleno de supersticioso terror se encoge en su butaca y fija con espanto la vista en Doña Teresa.)

TER. (Con voz triste.) ¡Ay Cárlos, esposo mio!...

CÁRLOS. ¡Teresa!

(Ap. como todo lo que dice en las escenas siguientes.)

TER. ¡Vas á morir!

CÁRLOS. ¡Morir!... ¿pero esto es dormir  
ó es verdad... ó es desvarío?

¡Yo presa de calentura...

yo fantasmas evocando...

yo como un viejo temblando

al pié de mi sepultura!

TER. Tú las ilusiones mías

sin compasión desgarraste;

tú en lágrimas anegaste

mis más puras alegrías...

pero yo no te abandono,

que nunca te abandoné...

¡Siempre, ay Dios, te perdoné!

¡y otra vez más te perdono!

CÁRLOS. ¡Vete, sombra... ya se mueve!...

TER. Voy á su puerta á escuchar.

¿Qué puedo por él?... ¡rezar!...

(Cruza las manos como para hacer oración y sale por la puerta de la izquierda.)

CÁRLOS. Su planta desliza leve...  
se aleja... se aleja... y pasa. (Pausa.)  
¡Quizá despierto he soñado  
con visiones que ha forjado  
esta fiebre que me abrasa!

## ESCENA X.

D. CÁRLOS, ALFREDO, ELENA.

Alfredo y Elena por el fondo y avanzando lentamente.

- ALF. (Siempre en voz baja.)  
Á su puerta velaremos  
mientras descansa mi madre.
- CÁRLOS. Nada se oye.
- ELENA. ¡Pobre padre!  
No temas; le salvaremos.
- CÁRLOS. Por fin ya todo pasó; (Sin verlos todavía.)  
ya no hay sombras en la sombra.  
Ya mi nombre nadie nombra.  
¡La fiebre!... bien dije yo.  
Pude un punto vacilar,  
y en verdad que me avergüenzo;  
pero al fin yo siempre venzo  
cuando yo quiero luchar.  
Veré mi final partida...  
¡cuando llegue, que algo falta!  
(Con un arranque de orgullo y de suprema con-  
fianza.)  
soberbia la frente y alta,  
y no dareis ¡por mi vida!  
fantasmas negros ó rojos,  
aunque vengais en monton,  
ni un latido al corazon  
ni una lágrima á los ojos.  
¡Agotó la lobreguez  
ya sus engendros sin duda!  
(Con despreciativa ironía mirando alrededor de sí.)
- ELENA. (Con voz triste y dulce.)  
¡Dios mio, dadnos tu ayuda!
- CÁRLOS. ¡Una voz!

ALF. ¡Padre! (Con acento lloroso.)  
CÁRLOS. (Se levanta como impulsado por un resorte: se vuelve, ve á Alfredo y á Elena, y cae de nuevo desplomado en la butaca.)

¡Otra vez!  
¡Dos sombras! yo estoy demente,  
y de poblar no me sacio  
esas sombras del espacio  
con las sombras de mi mente!  
Vuelve con Ernesto... (Á Elena!)

ALF. No:

de Ernesto cuida el abuelo;  
tú has menester mi consuelo.

CÁRLOS. ¡Yo les estoy viendo... yo!...  
¡Tiemblo como rota arista  
que arrebatá el vendaval!...  
¡Qué procesion infernal  
va pasando ante mi vista!  
¡Sombras que menguan y crecen;  
que vienen siempre llorando,  
y que se van alejando...  
y que al fin desaparecen!  
¡Mi vida es que se derrumba  
en el fondo del no ser,  
y cual fantasma mi ayer  
se alza al borde de mi tumba!  
(Cae sollozando sobre la mesa y oculta el rostro en las manos.)

## ESCENA XI.

D. CÁRLOS, ALFREDO, ELENA, DOÑA TERESA.

D. Carlos sentado en la butaca y con la cabeza apoyada sobre la mesa y oculta entre las manos. Alfredo y Elena llegan lentamente á la puerta de la izquierda. Doña Teresa sale un momento á dicha puerta y en ella se detienen los tres.

TER. Silencio.

ALF. Noche afanosa.

TER. Tiene la puerta cerrada.

ALF. ¿No se oye?...

TER. No se oye nada.  
ELENA. Tal vez don Carlos reposa.  
(Desaparecen todos por la puerta.)

## ESCENA XII.

D. CÁRLOS, levanta lentamente la cabeza y mira con temor  
á todas partes.

CÁRLOS. Ya se fueron... ¡Qué agonía...  
¡necesito respirar!...  
Cuanta brisa hay en el mar  
pienso que no bastaría  
para calmar este anhelo!  
(Apoyándose primero en la butaca y despues en la  
mesa se acerca vacilante al balcon.)  
¡Mirar no quiero hácia allí!  
(Señalando con el brazo, pero sin volverse, al in-  
terior del salon.)  
¡Todo está negro, ay de mí!  
¡Y todo azul en el cielo!  
(Levantando la cabeza y figurando que mira el ho-  
rizonte y el firmamento. Pausa. Respira con más  
facilidad y parece gozar algunos momentos de  
calma )  
¡Todo no!... (Retrocediendo con espanto.)  
¡Sombras tambien!  
¡Negros paños... y blandones!...  
¡Golpeando está á borbotones  
mi sangre hirviente en la sien!  
¡En esa estancia sombría  
están mirando mis ojos  
los miserables despojos  
de aquella hermosa María!  
Yo quise hacerte sentir  
la inmensa dicha de amar ;  
yo quise hacerte gozar  
placeres que hacen morir:  
Y morir al fin te hicieron  
tras infamante calvario;  
y á ese lecho funerario  
deshonrada te trajeron.

¡Fantasmas de mil placeres,  
ensueños de mil amores,  
marchitas y tristes flores,  
mujeres... pobres mujeres!  
¡Si cuanto os hice llorar  
hoy pudiera recoger,  
otro mar lograría hacer  
más amargo que ese mar!  
Dejadme... dejadme... paso....  
(Como luchando para separar fantasmas.)  
¡María!... ¡Elena!... ¡Teresa...  
¡La losa, cuánto me pesa!  
¡Aire... luz... agua... me abraso...  
¡Perdonadme... veis que lloro!...  
¡Dadme de beber!...

(Se precipita sobre la mesa, toma la copa y bebe con ansia; despues la rechaza con horror y la arroja al suelo.)

¡Qué horror!...

¡¡Á sangre tiene sabor  
la maldita copa de oro!!

### ESCENA XIII.

D. CÁRLOS, D. JUAN, un NIÑO. (Ernesto.)

D. Carlos, en pié, apoyándose sobre la mesa, delirante, moribundo, limpiándose con horror los labios: D. Juan, trayendo de la mano al Niño, por la puerta del fondo.

JUAN. Ven, mi Ernesto, ven.

NIÑO. ¡Mamá!

CÁRLOS. (Se vuelve á oír la voz del Niño; vacila, da algunos pasos y se agarra al sillón para no caerse.)  
¡Allí... sombras... más!... ¿qué es esto?

JUAN. Silencio. (Al Niño.)

CÁRLOS. ¡Y han dicho Ernesto!

JUAN. ¡Mi tesoro!

NIÑO. ¡Donde está?

CÁRLOS. Corazon, ¿por qué te asombra?  
¡Por qué tiembblas... si es en vano!  
¡Voy á tocar con mi mano

(Con desesperacion.)

esos cuerpos ó esas sombras!

(D. Cárlos avanza con gran dificultad hácia Don Juan: éste y el Niño con lentitud hácia la puerta de la izquierda.)

JUAN. ¿Preguntas dónde está Elena?  
yo te lo voy á decir:  
ayudando á bien morir  
á un hombre que es una hiena.

(El Niño se separa algunos pasos de D. Juan y se dirige hácia la izquierda. D. Juan le llama, le alcanza y le vuelve á coger de la mano.)

¡No entres solo... no, por Dios!

Oye, Ernesto, vida mia,  
ese hombre te mataría,  
porque nos odia á los dos.  
No te separes de mí.

NIÑO. Tengo miedo.

CÁRLOS. Es un anciano;  
lleva un niño de la mano.

JUAN. (Viendo á D. Cárlos.)  
¡Quién es el que viene allí?

CÁRLOS. ¡Hombres, niños y mujeres  
surgen, llegan y se van!...  
¿Cómo te llamas?

JUAN. ¡Yo!... ¡Juan!

CÁRLOS. ¡Cielo santo! (Retrocediendo.)

JUAN. (Avanzando.) Y tú, ¿quién eres?

CÁRLOS. ¡Es delirio... es ilusion!

JUAN. Yo te conozco... detente...

CÁRLOS. (Intenta huir, pero D. Juan, siempre con el Niño de la mano, le alcanza y le coge por un brazo.)

¡Ay, se me abraza la frente  
y me salta el corazón!

JUAN. ¡Que yo te conozco digo!  
¡Lo ves? ¡hay sangre en tu mano!

(Cogiéndole la mano que D. Cárlos se hirió al empezar el epílogo, y mirándola atentamente.)

CÁRLOS. (Con voz agonizante.)

¡Déjame... por Dios... anciano!

JUAN. ¡Eres Cárlos, mi enemigo!  
há tiempo que te buscaba,

- CÁRLOS. ¿qué has hecho, dí, de mi Ernesto!  
¡Perdon!
- JUAN. Respóndeme presto:  
¡no sabes cuánto le amaba!
- CÁRLOS. ¡Suelta!... ¡suelta!...
- JUAN. No te irás!
- CÁRLOS. ¡Compasion!
- JUAN. No.
- CÁRLOS. ¡Déjame!
- JUAN. ¿Dónde está mi hijo?
- CÁRLOS. No sé.  
¡Por el cielo!
- JUAN. (Aferrándose á Carlos.) No te vas!  
Me quitaste el hijo mio;  
pero tuvo compasion  
el cielo.
- CÁRLOS. ¡Basta! ¡perdon!
- JUAN. Y hoy tu furia desafío.  
¡Sufre, sufre, en este potro!  
Perdí á mi Ernesto... es igual.  
(Enseñándole el Niño.)  
Rubio... hermoso... angelical;  
mira, infame, tengo otro!
- CÁRLOS. ¿Qué dices? (Acercándose á él.)
- JUAN. ¡Lo tengo yo!
- CÁRLOS. (Queriendo abrazar al Niño.)  
¡Es el hijo de mi Alfredo!
- NIÑO. (Abrazándose á D. Juan.)  
Abuelito, tengo miedo.
- CÁRLOS. ¡Ese niño!...
- JUAN. (Defendiendo al Niño.) ¡Aparta!
- CÁRLOS. No:  
dame ese niño...
- JUAN. No quiero.
- CÁRLOS. Dámelo para besarle.
- JUAN. ¡Lo que quieres es matarle  
como mataste al primero!  
(Luchan los dos ancianos por apoderarse del  
Niño.)
- CÁRLOS. Ese niño...
- JUAN. (Coge el niño y trata de huir con él.)  
¡Nunca!

CÁRLOS. (Deteniéndole.) ¡Espera!  
Lo ves... moribundo corro,  
y te alcanzo...

JUAN. No...

CÁRLOS. ¡Socorro!

¡Suelta, anciano!

JUAN. ¡Suelta, fiera!

CÁRLOS. ¡Á mí... pronto... por piedad!

(D. Juan se desprende y huye hácia la izquierda  
llevándose al Niño y cogiéndole en brazos: D. Car-  
los cae moribundo en tierra.)

¡Al fin una luz que brilla!...

¡vete, si eres pesadilla!...

¡Perdon, si eres realidad!

### ESCENA XIV.

D. CÁRLOS, DOÑA TERESA, ALFREDO, ELENA, D. RAMON,  
D. JUAN, el NIÑO.

D. Carlos en tierra espirante: á la izquierda del público, Don Juan en pié y con el Niño en brazos: Doña Teresa, Elena y Alfredo, por la izquierda: D. Ramon por el fondo, y un criado con una luz. Todos ménos D. Juan, acuden á D. Carlos, le rodean, le levantan y le llevan á la butaca. El criado sale.

TER. ¡Carlos!

ALF. ¡Padre!

ELENA. ¡Padre mio!

CÁRLOS. ¡Todos... todos!

JUAN. (Estrechando al Niño contra su pecho.) ¡Me quería arrancar la prenda mia!

CÁRLOS. ¡Luego no fué desvarío?...

Os tengo cerca de mí...

aquel ensueño pasó,

aquellas sombras... ¡ay, no,

las siento agitarse aquí!

(Oprimiéndose el pecho con ambas manos.)

¡Yo voy á morir... Teresa!

RAMON. Olvida vanos temores...

TER. ¡Carlos!

CÁRLOS. (Á Teresa.) Ven, pero no llores...

ELENA. ¡Padre!...

ALF.

¡Perdon, padre!

CÁRLOS.

¡Cesa!...

Yo soy quien debe perdon  
implorar... por mi egoismo.  
¡Si vieras qué horrible abismo  
llevo... aquí... en el corazón!

TER.

¡Cárlos!

CÁRLOS.

La muerte deseo...

¡Este abismo! (Oprimiéndose el pecho.)

ALF.

¡Por piedad!

CÁRLOS.

Cuanta más oscuridad  
más claramente lo veo.

Ya la vista se me apaga...

¡Luz... calor... qué horrible frío!

¡Cárlos!

TER.

ELENA.

¡Padre!

ALF.

¡Padre mio!

JUAN.

(¡El que tal hizo tal paga!)

CÁRLOS.

Más y más aumenta el peso  
que me oprime... estoy inerte...

Mira... despues de mi muerte...

(Atrayendo á sí á Doña Teresa.)

¡Te acuerdas?... dame... aquel beso.

¡Pero ay! ántes de morir!

(Agitándose convulsivamente.)

¡en perdon de tanto agravio...

de aquel Niño el puro labio,

(Extendiendo el brazo hácia el Niño y separando  
á los que le impiden verle.)

quiero en mi frente sentir!

Teresa... Alfredo... los dos...

(Elena corre hácia D. Juan, le quita el Niño de  
los brazos, lo trae y lo acerca á D. Cárlos: D. Juan  
la sigue y observa con la curiosidad casi infantil  
de los ancianos.)

¡Ya no diviso su faz!

¡Pronto ese beso de paz

para presentarme...

(El Niño le besa en la frente.) á Dios!!

(Cae muerto: todos le rodean.)

FIN DEL EPÍLOGO.

## OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

---

- EL LIBRO TALONARIO, comedia en un acto, original y en verso.
- LA ESPOSA DEL VENGADOR, drama en tres actos, original y en verso.
- LA ÚLTIMA NOCHE, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
- EN EL PUÑO DE LA ESPADA, drama trágico en tres actos, original y en verso.
- UN SOL QUE NACE Y UN SOL QUE MUERE, comedia en un acto, original y en verso.
- CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA, drama trágico en tres actos, original y en verso.
- EL GLADIADOR DE RAVENA, tragedia en un acto y en verso, imitación.

